

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana



Relatos de sostenibilidad

VOLUMEN 36

2 0 1 5

La Fundación Interamericana (IAF), organismo autónomo de asistencia exterior del gobierno de los Estados Unidos, fue creada en 1969 para promover el desarrollo basado en la autoayuda por medio de la concesión de donaciones directas a organizaciones de América Latina y el Caribe. Su presupuesto operativo comprende asignaciones del Congreso, así como aportes derivados del Fondo Fiduciario del Progreso Social, recursos canalizados a través de convenios interinstitucionales y fondos aportados por donantes externos.

La IAF imprime *Desarrollo de base* en inglés y español. Versiones en inglés, español y portugués están disponibles en www.iaf.gov. Los criterios expresados no son necesariamente los de la IAF. El contenido original producido por la IAF y publicado en *Desarrollo de base* pertenece al dominio público y puede ser reproducido libremente. No obstante, ciertos materiales de esta revista fueron proporcionados por otras fuentes y podrían estar protegidos por derechos de propiedad intelectual. La reproducción de dichos materiales puede requerir el permiso previo del propietario de tales derechos. La IAF solicita que se le notifique sobre cualquier reproducción y que se identifique la fuente. Números anteriores están disponibles en línea. Para recibir la revista, solicítela por correo electrónico a publications@iaf.gov o escriba a la siguiente dirección:

Desarrollo de base
Fundación Interamericana
1331 Pennsylvania Ave., N.W., Suite 1200
Washington, D.C. 20004

El propósito de esta revista es compartir experiencias de desarrollo de base con una variedad de lectores. Su directora invita a presentar artículos sobre temas pertinentes, entre ellos los siguientes:

- cómo se organizan los pobres de América Latina y el Caribe para mejorar sus vidas;
- dilemas y tendencias en la comunidad del desarrollo;
- cómo cooperan las instituciones para fomentar el desarrollo de la región.

Sírvase dirigir sus consultas a Paula Durbin, a la dirección antes mencionada, o al correo electrónico pdurbin@iaf.gov.

Portada y página opuesta: Una donación de la IAF le permitió a Reef Check a ayudar a pescadores dominicanos para que protejan la diversidad de los ecosistemas marinos amenazados por el pez león. Foto cortesía Reef Check.

Impresa en papel reciclado utilizando tinta a base de soja.



Fundación Interamericana

Robert N. Kaplan, presidente

Consejo Directivo

Eddy Arriola, presidente
Thomas Dodd, vicepresidente interino
J. Kelly Ryan
John P. Salazar
Jack Vaughn
Roger Wallace

Desarrollo de base

Revista de la Fundación Interamericana

Directora ejecutiva: Paula Durbin
Editor asistente: Eduardo Rodríguez-Frías
Editor de fotografía: Mark Caicedo
Ediciones traducidas: João Bezerra, Darío Elías,
Aura Triana-Pacheco,
Diseño e impresión: Talleres Gráficos del
Gobierno de los Estados Unidos



www.iaf.gov

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

VOLUMEN 36

2 0 1 5



José Alejandro Alvarez

Contenido

Relatos de sostenibilidad

- Módulos Lecheros: una idea que sobrevivió a Sendero Luminoso
Por Martin Scurrah y Custodio Bojórquez 1
- Los tejedores de San Isidro
Por Patrick Breslin 6
- Desafío al rey de los arrecifes
Por Jenny Petrow, Ana Carmona, Azucena Díaz y Gabriela Boyer 14

Un foro para becarios

- Poetas, payasos y burocracia:
negociando una cultura de burocracia en Brasil
Por Anne Gillman 23
- Simientes de lucha en Colombia
Por Laura Gutiérrez Escobar 30

En la IAF

- Rede Ecovida y más allá
Por Juliana Menucci..... 36

In Memoriam

- Bill Dyal: Bondad generosa y una vida bien vivida
Por Steve Vetter 39

Anales de sostenibilidad

“El universo está compuesto de historias, no de átomos”.

Tal afirmación, de un poema de Muriel Rukeyser, está inscrita en una placa en la acera de la Biblioteca Pública de Nueva York y ha encontrado su espacio en enunciados que van desde sermones hasta conferencias científicas. Ciertamente se aplica a la percepción del universo de la Fundación Interamericana. Por más de cuatro décadas, la IAF ha invertido en las ideas y el intenso trabajo de organizaciones de pobres, y ellos han correspondido con una profusión de testimonios que han validado el desarrollo de base y animado las páginas de esta revista. Sus historias deben ser contadas para que los logros de personas reales que prevalecen ante las adversidades estén registrados como prueba de lo que es posible.

En años recientes, la IAF ha recibido por correo electrónico cápsulas históricas de organizaciones financiadas en la década de 1970 y principios de la década siguiente, de las que habíamos perdido el rastro —comprensiblemente quizás, considerando nuestros más de 5.000 ex donatarios de todo el continente. Entre los extraordinarios mensajes que inspiraron esta edición de *Desarrollo de base*, está el de Martin Scurrah, y el caso que él relata aquí tiene un trasfondo.

Alrededor de 30 años atrás, esta revista incluyó una pieza de Scurrah y otros sobre un grupo de empresas lácteas comunitarias de los Andes peruanos financiadas por la IAF. El artículo concluía con una “nota de advertencia” sobre el peligro de Sendero Luminoso, de hecho, presagiando la devastación causada por la insurgencia maoísta. Esto parecía ser el fin de la historia. Pero no hace mucho, Scurrah descubrió inadvertidamente una notable reaparición. Si bien la entidad donataria se había marchado y la infraestructura desapareció, la idea quedó enraizada en una comunidad cuyos residentes nunca olvidaron lo bien que les había funcionado. El relato de 2015 de Scurrah y su coautor Custodio Bojórquez habla de agricultores decididos que habían adoptado el exitoso enfoque y enseñado los conceptos y lecciones a sus hijos.

Historias como esta nos dan perspectivas sobre sostenibilidad, una palabra en extrema necesidad de definición. ¿Qué significa exactamente? Yo diría que una connotación sería la continuidad. Los artículos aquí dan color a la noción de desarrollo sostenible al observar justamente qué es lo que sigue cuando las circunstancias cambian. ¿Cómo trabajan unidas las personas para confrontar nuevos desafíos y aprovechar nuevas oportunidades? Una comunidad colombiana prospera a pesar de que su tejido con el que había sobrevivido en tiempos difíciles es menos practicado y de que el museo que apoyaba a los tejedores se ha cerrado. La pesca sobrevive si los pescadores protegen los ecosistemas de modo que el mar brinde beneficios en el futuro. Los agricultores se independizan al recuperar semillas de su patrimonio. Y, como bien lo sabe la IAF, programas gubernamentales imaginativos perduran cuando empleados públicos dedicados creen en la misión, hacen el esfuerzo adicional, piensan sin autolimitarse y ayudan a la gente a aprender.

Algunas veces las historias son descartadas por atípicas, carentes de rigor o susceptibles al sesgo. Ellas simplemente no se “encuadran”. Pero el poder de las historias para ilustrar verdades complejas es indiscutible. Las que aquí se comparten provienen del acervo de la IAF en el terreno y son testimonio del ingenio, la resiliencia y el compromiso encontrados en comunidades de toda América Latina y el Caribe. Esperamos poder relatarles muchas más.



Robert N. Kaplan
Presidente y director ejecutivo
Fundación Interamericana

Módulos Lecheros: una idea que sobrevivió a Sendero Luminoso

Por Martin Scurrah y Custodio Bojórquez

Los programas agrícolas fallan a menudo cuando la tecnología, la maquinaria y los insumos no son apropiados para el contexto. En los años 70, el Instituto Veterinario de Investigaciones Tropicales y de Altura (IVITA), un centro de investigación veterinaria aliado de la Universidad San Marcos, la más antigua institución de educación superior del continente y la más prestigiosa del Perú, se propuso diseñar Módulos Lecheros, un enfoque para la producción de leche que se ajustaba a las condiciones de las comunidades rurales andinas. Consistía en convertir tierras irrigadas en pastizales para alimentar a vacas de raza. La IAF otorgó una donación al IVITA en 1983, para que refinara este “paquete” y lo adoptara en cinco comunidades del Valle del Mantaro, dos de ellas ubicadas en la parte baja y tres en las laderas, unos 4.000 metros sobre el nivel del mar.

Según la descripción publicada en el informe anual de la IAF de 1983, la donación a IVITA debía desembolsarse en tres años. Sin embargo, el último desembolso solo se realizó en 1991. Los registros de la IAF hasta 1991 reflejan ajustes realizados durante los ocho años en que permaneció activo el proyecto, algunos de los cuales estaban claramente destinados a enfrentar la hiperinflación en el Perú, que había comenzado en los 80 y llegó al 2.000.000 por ciento en 1990. Además de una crisis económica nacional, la prometedora iniciativa de IVITA se enfrentó a Sendero Luminoso, el violento grupo insurgente maoísta que aterrorizó al Perú entre 1980 y 1992, decidido a imponer una visión extrema de ingeniería social. En el informe que publicó en 2003, La Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú calculó que el saldo de muertes había sido de 70.000 peruanos, lo que cataloga esa insurrección entre las más sangrientas de la historia de América del

Sur. Infraestructura valorada en más de US\$10.000 millones fue destruida en una campaña incansable destinada a sembrar el caos y la inestabilidad y lograr que el gobierno se arrodillara.

Sendero Luminoso reclamó como “zonas liberadas” las comunidades del altiplano que participaban en el proyecto del IVITA y atacaba sus medios para ganarse la vida exigiendo que los campesinos dejaran de producir leche y rompieran sus lazos con los mercados del valle. Aquellos que cuestionaban esas exigencias o se oponían a ellas eran amenazados de muerte, al igual que los líderes comunitarios y los profesionales que trabajaban para el IVITA, incluido el Dr. Horacio Acuña, coordinador del equipo. Aunque ninguna de las personas relacionadas con el proyecto del IVITA perdió la vida, un ciudadano estadounidense y un agrónomo peruano que trabajaban con un proyecto de USAID fueron asesinados. La intimidación funcionó. Los técnicos del IVITA suspendieron actividades y cerraron el proyecto. Parecía que todos los esfuerzos habían sido en vano.

Cortesía IVITA



Veterinarios de IVITA atendiendo una vaca en 1986.



En 2014, yo regresé a varias de las comunidades del Valle del Mantaro en las cuales, en virtud de un contrato con una organización no gubernamental peruana, había dado seguimiento a los avances del IVITA en los años 80. Para mi sorpresa, encontré un paisaje transformado. El altiplano, que antes estaba cubierto de pastos amarillentos, había reverdecido con pastos mejorados ricos en los nutrientes esenciales para producir leche; los campos antaño sembrados de papas y maíz habían dado paso a sembrados de alfalfa y cereales forrajeros; las fincas en las cuales pastaba solamente ganado criollo tenían ahora manadas de vacas Pardo Suizo adaptadas a la gran altura. En los campos, las comunidades y los pequeños pueblos de Huancayo, la capital de la región de Junín, ubicados a unos 3.200 metros sobre el nivel del mar, una prosperidad palpable contrastaba marcadamente con la situación existente cuando el IVITA y la IAF tuvieron que salir a la fuerza. En los más de 25 años transcurridos desde el fin de la insurrección, los residentes se habían esforzado por revivir la producción de leche, que ahora prospera a pesar de la violencia política y la inestabilidad económica que la habían afectado.

Un enfoque adoptado y luego en peligro

Durante los años 70 y los 80, el equipo de profesionales del IVITA, como resultado de la experimentación con el modelo tradicional europeo promovido por el organismo de ayuda de Alemania, concibió un enfoque más sencillo de producción de leche para las fincas de tamaño pequeño y mediano. Esta variación

se adaptó a las necesidades de las comunidades de agricultores de los Andes que tenían la parcela requerida de al menos cinco hectáreas, con acceso a irrigación una vez por semana, tres variedades de pastos y dos legumbres, suficientes para el pastoreo de 15 vacas y un toro. En las comunidades ubicadas a una altura de hasta 3.500 metros sobre el nivel del mar se introduciría el ganado Holstein, y en aquellas ubicadas a más de 3.500 metros, el Pardo Suizo. Se instalarían cercas eléctricas para rotar al ganado por secciones de la parcela. El rendimiento diario por vaca que se esperaba era de entre tres y 10 litros, que continuaría por más de 249 días después de la entrega de una ternera. (El promedio había sido de cinco litros.) Los toros que proporcionaba el IVITA también se pondrían a disposición de ganaderos no participantes para que se aparearan con sus vacas.

El apoyo de la IAF permitió al IVITA adoptar este enfoque en cinco comunidades de campesinos del Valle del Mantaro. Los ganaderos eran muy receptivos y comenzaron a adaptar los nuevos métodos en sus fincas, desarrollar sus tierras de pastoreo y utilizar el toro comunal para mejorar sus manadas. Los resultados iniciales de la aplicación de las nuevas técnicas a la producción de leche eran prometedores, pese al limitado acceso al agua y las bajas temperaturas del altiplano. Pero para 1990, la hiperinflación y la inseguridad determinaron el final del proyecto. Arsenio Damián, actual presidente de Chaquicocha, también era su presidente cuando la comunidad participó en el proyecto del IVITA. Hace poco rememoró la experiencia de Chaquicocha con Sendero Luminoso:

En marzo de 1988, [Sendero] destruyó la Sociedad Agrícola de Interés Social "Heroínas de Toledo", a la cual estaba afiliada la comunidad de Chaquicocha. Como los residentes no estaban acostumbrados a este nivel de violencia, no lo consideraron importante. El primero de mayo aparecieron las primeras "pintadas". De la noche a la mañana, la plaza se cubrió del eslogan de Sendero, pero no nos preocupamos mucho. El sufrimiento comenzó con las amenazas a media noche. Todo sucedía de noche, no durante el día. Los terroristas comenzaron a sacar a la gente de sus casas y a obligarla a ir a la plaza. Comenzaron a gritar: "¿Quiénes son las autoridades? ¿Para dónde creen que se va el dinero de la producción de leche? ¿Para dónde creen que se va el dinero del engorde

de animales? ¿Para dónde creen que se va el dinero de su trabajo, de sus cosechas y todo lo demás?” Cuando fui al IVITA, una de sus oficinas había sido dinamitada y los profesores me dijeron que todos estaban amenazados. El doctor Horacio Acuña me dijo que Sendero Luminoso estaba buscando al director del equipo y que su casa en Huancayo estaba vigilada.

Comenzaron a destruir después de lo que llamaban “crear conciencia”. Luego, después de dos o tres meses de destrucción, continuaron exigiendo: “¡Salgan de eso! ¡Desháganse de aquello!” Prendían fuego a las cosas y exigían que se distribuyera a los animales; todo debía desaparecer. Muchos residentes preguntaron por qué teníamos que destruir nuestros tractores, nuestro ganado. Es nuestro medio de subsistencia. “¿Qué quieren ustedes? ¿Quieren que regresemos a otra era? ¿Cómo vamos a trabajar el campo?”, les preguntamos. “Deben salir de todo”, nos dijeron. Los que se quejaban quedaban marcados.

Cuando llegó a su fin la donación de la IAF, creíamos que todo estaba, o pronto estaría, perdido. La mayoría del ganado de raza fue sacrificado. Algunos campesinos se las ingeniaron para salvar unas vacas escondiéndolas cuando los terroristas aparecían cerca de sus fincas, o trayendo a los animales adentro de las casas, un acto de desafío que ponía en peligro a toda

la familia. Debido a las amenazas, Damián, el entonces presidente de la comunidad, tuvo que salir del país; se fue para Estados Unidos, a trabajar como pastor en el Medio Oeste, donde extrañaba su tierra. Luego de que Abimael Guzmán, el líder de Sendero Luminoso, fuera capturado, Damián regresó al Valle del Mantaro a comenzar el arduo proceso de cultivar la confianza que le permitiera recuperar su posición en la comunidad.

Recuperación

En los años 90, el gobierno peruano se concentró en estabilizar la economía y normalizar la situación política. Los efectos no se sintieron en el Valle del Mantaro hasta el siguiente siglo, cuando el crecimiento económico de entre el 4 y el 6 por ciento sostenido por dos décadas creó las condiciones necesarias para generar productividad, incluso para las fincas lecheras. La mayor demanda en las zonas urbanas debido al surgimiento de una clase media pujante, atrajeron en 2005 al valle a Gloria, la industria lechera más grande del Perú, un punto de referencia para los productores locales. Gloria utilizaba incentivos para estimular mejoras en la calidad de la leche; garantizaba precios constantes y pagos cumplidos, y causó aumentos en los precios de sus competidores, de los cuales habían dependido los productores. Esto con-



Kathryn Shaw

Paneles solares permitieron la operación de cercos eléctricos.

tribuyó al desarrollo de un mercado fiable y creciente para la leche. Los ganaderos de cualquier escala podían vender su producción a Gloria a un precio estable o vendérsela a compradores menos establecidos que ofrecían un precio más elevado pero no siempre cumplían sus compromisos.

En la segunda mitad de la década de los 90, programas sociales como el Programa Nacional de Apoyo Alimentario (PRONAA), que ofrecían desayunos escolares, estimularon la producción de leche fresca pasteurizada y más adelante de bebidas de yogur. Cuando PRONAA se cerró en 2011, unas plantas desaparecieron, pero otras, como CONCELAC y Dolce Latte, se habían diversificado para suministrar helado, yogur y queso a los prósperos centros comerciales de Lima y las capitales de provincia, entre ellas Huancayo. Como Gloria, estas empresas pagaban precios competitivos por buena calidad. Los productores de leche de la comunidad de Huanchar, en la parte baja del valle, fueron los primeros proveedores de CONCELAC.

Con un mercado estable, los productores y sus asociaciones estaban más dispuestos a invertir en criar ganado, aumentar su área de pastoreo y la calidad de sus pastos, sembrar cereales forrajeros y construir silos y establos para el ordeño. El aumento del financiamiento a los gobiernos municipales, uno de los resultados de la descentralización de funciones oficiales y la devolución de recursos públicos, permitió a las autoridades locales invertir en infraestructura que beneficiara a los agricultores y ganaderos, como canales de irrigación, áreas de almacenamiento e instalaciones para el ordeño. Por ejemplo, un nuevo canal de irrigación que se extendía a lo largo de la ribera derecha del río Mantaro, contribuyó a aumentar la producción de alfalfa para los mercados ubicados en las afueras de Lima, y fue una bendición para los ganaderos que estaban desarrollando sus tierras de pastoreo, ya que más tarde estimuló un aumento en la cantidad de ganado. Los pastos del valle y los cereales forrajeros desplazaron a algunos cultivos tradicionales como la papa. Gracias a las carreteras, que han mejorado el acceso, otras regiones de Perú abastecen ahora de maíz y papas a los mercados de Lima, mientras el valle, antaño la despensa de Lima, se beneficia del lucrativo mercado de productos lecheros que es la capital. La leche no solamente arroja ingresos más elevados para los ganaderos que el maíz y las papas, sino que genera un flujo de

efectivo más confiable y constante todo el año, en contraste con los pagos estacionales de cosechas. Y en el contexto del cambio climático, la agricultura implica más riesgos que la producción de leche, que puede soportar mejor las heladas y el granizo.

En condiciones que favorecen sus empresas, los productores se benefician a menudo del desplazamiento de competidores que no están tan bien ubicados, pero ese no parece ser el caso en el Valle del Mantaro. De las grandes asociaciones cooperativas creadas como resultado de la reforma agraria emprendida durante el gobierno militar de los años 70, apenas dos han sobrevivido y el valle solo tiene una pequeña cantidad de fincas lecheras de tamaño mediano. Una parte significativa del volumen de leche todavía viene de ganaderos de las comunidades que producen a pequeña escala y han continuado mejorando el tamaño y calidad de sus rebaños, pastos y forraje.

Las cinco comunidades en las que el IVITA había adoptado su enfoque experimental siguen trabajando bajo la dirección de los hijos de aquellos que estaban a cargo en los 80. Reconstruyeron lentamente lo que había destruido Sendero Luminoso y lo hicieron sin los recursos del IVITA o la IAF. “Los ganaderos han invertido muy lentamente, dependiendo de los recursos que tengan a disposición, porque los bancos son peligrosos”, dijo Damián, cuya experiencia lo ha hecho evitar los préstamos. “Estos campesinos son muy cuidadosos y van poco a poco, haciendo mejoras lentamente a la producción de leche”.

La mayoría de los ganaderos se lamenta, porque si se hubieran beneficiado de apoyo externo, o si simplemente no los hubieran obligado a volver a comenzar, su ganado, sus pastos y su producción de quesos serían mejores. Pero están orgullosos de las destrezas que sus padres aprendieron de los profesionales del IVITA y que les transmitieron a ellos, y de lo que han logrado. Esas destrezas han perdurado y se han traspasado de una comunidad a otra, lo que se ha traducido en una mejor producción de leche y ha mejorado al menos un poco el ganado. “Por supuesto que la producción no es la que solía ser antes de que terminara el proyecto, porque esas eran buenas vacas”, dice Miguel Paguiyouri, un ganadero de Iscos, otra comunidad que había participado en el proyecto del IVITA. “Yo me acuerdo de una a la que llamábamos Poronguita. Producía como 20 litros por día. ¡Veinte litros!”

Conclusión

En los años 80, el economista Albert Hirschman publicó su libro *El avance en colectividad*, que se basaba en su análisis de una serie de donatarios de la IAF. Entre las ideas que presentaba estaba su noción de la conservación y mutación de la energía social. Afirmaba que cuando los esfuerzos colectivos dirigidos a lograr un cambio se frustran o reprimen en un determinado momento, la energía derivada de lo aprendido no desaparece sino que se preserva, para surgir y florecer de nuevo cuando las condiciones sean apropiadas.

El programa de producción de leche del IVITA es un ejemplo de esa teoría. A fines de los 90, la violencia política y la crisis económica parecían haber acabado a los productores de leche del Valle del Mantaro. Pero aunque los terroristas de Sendero Luminoso hayan obligado a los ganaderos a destruir todo lo que tenían, ellos se quedaron en el valle y, sin ayuda externa, revivieron su anterior forma

de vida cuando el contexto económico y político mejoró. Hoy, esos campesinos continúan adaptando el enfoque lanzado por el IVITA en los 80 sin descartar ninguna característica distintiva. Además se han adaptado al nuevo mercado y al cambio del clima, de modo que de una semilla plantada en terreno que parecía árido ahora sale un fruto.

Martin Scurrah es un investigador independiente que prestó servicios de apoyo a proyectos financiados por la IAF en el Perú en los años 80. Custodio Bohórquez, especialista en pastos que tiene una maestría de Massey University, de Nueva Zelanda, enseña en la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad de San Marcos, en Lima. Formó parte del equipo que diseñó el enfoque adoptado en las comunidades del Valle del Mantaro. Los autores agradecen a todos los que contribuyeron a este artículo, especialmente a Edgar Olivera, por su ayuda para programar y realizar las entrevistas.

Gajes del oficio

El personal, los contratistas y los donatarios de la IAF han tenido que lidiar con situaciones precarias causadas por regímenes, insurgencias y, recientemente, criminales. Carlos Lingán, contador público y decano del cuerpo de auditores de la IAF, ha realizado auditorías para la IAF en Perú por más de 30 años, incluyendo los días del Sendero Luminoso.

En los 1990, estaba auditando para la IAF un banco de semillas que se encontraba en un convento en Humachuco, en las alturas de Trujillo, unos 550 kilómetros de Lima. Del aeropuerto de Trujillo, tomé un colectivo hacia Humachuco y en la sierra se nos bajó una llanta. Según los pasajeros, el área estaba controlada por el Sendero Luminoso, quienes aterrorizaron al Perú entre mediados de los años 70 hasta principio de los 90. Aunque no lo crean, la advertencia me pareció normal. Yo ya había viajado por lugares similares. La llanta fue reemplazada sin pormenores y alcancé el convento en la noche. El personal del proyecto me entregó los documentos para la auditoría.

En la mañana visité a los agricultores para verificar que recibieron las semillas que constaban y terminamos cerca del anochecer. De regreso a Humachuco, a unos 5.000 metros sobre el nivel del mar, se nos bajó otra llanta y esta vez andábamos sin repuesto. Caminamos unas cuatro horas en la obscuridad para buscar ayuda. Me parecía que el coordinador del proyecto navegaba por las estrellas. A eso de las 9 p.m., con hambre, sed y frío, alcanzamos la vía principal. A esas horas no había transporte público, debido al temor por el terrorismo, pero nos sentamos y esperamos. Como una hora más tarde, escuchamos el rugir de un camión de carga de 10 toneladas. El coordinador se acercó al conductor. “Nos hemos salvado”, pensé, y me acerqué para presentarme. Dos oficiales de la policía con armas automáticas me interrogaron en forma muy militar. Luego, indicaron que podía subir atrás. Sin más alternativas, subimos sobre la llanta de repuesto y nos lanzamos adentro, donde nos encontramos con otro oficial armado. La carga que nos acompañaba consistía en cajas y cajas de dinamita en ruta a las minas de la zona y la escolta militar se debía al gran riesgo de que los terroristas se las robaran. Una sola chispa en ese camión y no estaría para contar esta historia.

Los tejedores de San Isidro

Por Patrick Breslin

En 1982, Deborah Szekely —la tercera persona en ocupar la presidencia de la IAF— realizó su primer viaje oficial a Colombia poco después de asumir este cargo. En Bogotá, ella descubrió el Museo de Artes y Tradiciones Populares, donatario de la IAF que asesoró a artesanos y les ayudó a obtener los precios más elevados al mejorar sus artesanías y comercialización. En exhibición estaba una colección de tejidos en lana de San Isidro, una comunidad anidada entre las montañas que flanquean Bogotá hacia el este. Szekely, propietaria de dos centros de hidroterapia de alto nivel con despliegue de arte y artesanía, el Golden Door en California y el Rancho la Puerta en Tecate, México, anunció su intención de adquirir todos los 15 tejidos. Para el personal del museo y en la IAF el gesto pareció un impulso antojadizo típico de un estadounidense adinerado. Pero Szekely tenía sus razones. “Yo

me di cuenta de que los tejidos eran la historia de la comunidad”, explicó. “Si eran vendidos por separado, la narrativa se habría perdido. Así que decidí comprarlos todos, para que permanecieran juntos”.

Desde entonces, la mayoría de aquellos tejidos quedaron guardados en su casa. El año pasado, ella decidió exhibirlos en la reapertura del New Americans Museum que ella había fundado en San Diego. Ella pensó que la historia narrada por los tejidos era relevante para la celebración que hacía el museo de los inmigrantes latinoamericanos y asiáticos y de sus contribuciones a la diversidad de los Estados Unidos y su cultura. Pero habiendo pasado 32 años, los detalles de la historia se habían ido desvaneciendo y las pocas etiquetas anexadas a los tejidos no decían mucho sobre sus creadores. Szekely recordó cierta mención de una donación de



San Isidro.

Fotos por by Patrick Breslin



Carmen Samper, Cecilia Duque Duque, Sara Cerón y Marina Cerón en la casa de Samper.

la IAF concedida a una ex voluntaria del Cuerpo de Paz para enseñar tejido a mujeres de la comunidad. Dado su enfoque ascendente del desarrollo —apoyar financieramente las ideas de la gente de la base en lugar de decidir qué es lo que ella necesita aprender— aquello no sonaba como la forma de operar de la IAF. Entonces, ¿quién les enseñó? ¿De qué trataban los tejidos? Algunos, por ejemplo, mostraban camiones y soldados uniformados. San Isidro se parecía a los cientos de asentamientos ilegales de América Latina, donde los pobres plantaban endebles refugios sobre propiedad pública o privada y resistían el desalojo. Era fácil deducir que los soldados estaban removiendo a la gente de la tierra. Entonces, ¿cómo sobrevivió el barrio? ¿Y qué fue de los tejedores?

En agosto pasado, Szekely me pidió que rastreara a los tejedores de San Isidro e identificara su historia. El New Americans Museum había abierto sus puertas en 2008, pero dos años después, una disputa legal lo clausuró. A Szekely le llevó cuatro años recuperar la llave. Para atraer a la gente a la reapertura de enero, ella planeó exhibir la descripción en tejidos de una comunidad construida por refugiados y también pinturas y creaciones en técnicas mixtas de la colombiano-estadounidense Carolyn Castaño. La obra de la artista de Los Angeles se había desarrollado a partir de su propia experiencia con un grupo más reciente de mujeres colombianas obligadas a dejar sus hogares

por la violencia política, quienes estaban aprendiendo a tejer en albergues de la ciudad de Medellín.

Ex colegas me indicaron cómo llegar a colombianos que habían estado relacionados con las artesanías y con San Isidro en las décadas de 1960 y 1970. Nadie recordaba la intervención del Cuerpo de Paz, pero otro nombre surgió: Olga de Amaral, una artista colombiana de fama internacional por sus resplandecientes, a menudo monumentales, tapices que combinan hilos de lana con diversas telas y metales preciosos, tales como el oro. Armado con fotos de color de la colección de Szekely, volé a Bogotá para ver a Cecilia Duque, fundadora y directora del Museo de Artes y Tradiciones Populares, donde Szekely vio por primera vez los tejidos. Una autoridad internacionalmente reconocida en artesanía, Duque ha publicado libros que documentan las tradiciones folclóricas de toda Colombia. En 1990, el presidente César Gaviria la nombró directora de Artesanías de Colombia, un organismo del Ministerio de Desarrollo encargado de asistir a los artesanos. Ella siguió en el cargo bajo cinco presidentes sucesivos. (Ver *Desarrollo de base* 2009.)

Para cuando yo llegué a Bogotá, Duque había rastreado a algunos de los tejedores que seguían viviendo en el barrio y coordinó una reunión. Me sorprendió ver que el carácter de San Isidro no se había perturbado con el crecimiento incesante de Bogotá cuya población superaba los siete millones.

1. El paisaje de selva, según lo imaginaron Ricardo y Jesús Chipo.
2. Representación de Ana Irene de Hernández de un dinosaurio.
3. Un día en la vida de San Isidro.
4. La escuela de San Isidro.
5. "Las texturas de la vida se entretrejen en estas escenas apacibles".

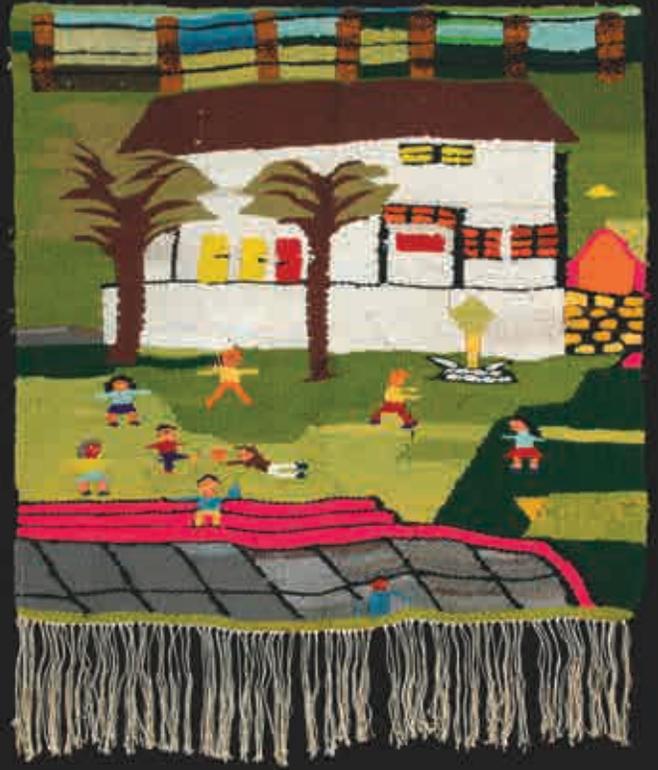
1.



2.



3.



4.



5.

En los últimos 60 años, la capital colombiana se ha expandido a través de la sabana plana circundante como un río desbordado, pero el mazo oriental de montaña, del cual un pliego alberga a San Isidro, es un dique que canaliza las nuevas construcciones a lo largo del eje norte-sur.

Duque y yo nos reunimos en el amplio departamento de Carmen Samper en una torre a pocas cuadras de la base de las montañas. Con Samper estaba Sara Cerón, una de las tejedoras iniciales, vestida de pollera y suéter, con solo unos pocos amagues de gris en su negra cabellera; y Marina Cerón, su hija, esbelta e informal en vaqueros, cabellos castaños hasta los hombros tocando su chaqueta de cuero entallada. Samper camina con dificultad y tiene problemas respiratorios. Al quedar viuda, se mudó al departamento desde su casa ubicada en un vecindario llamado El Refugio, en el borde de la ciudad justo abajo de San Isidro. Allí, en la década de 1960, ella y Silvia de Liévano, ambas integrantes del comité local de acción social, se asombraban por la procesión casi diaria de mujeres y niños que llevaban bayas y ramos de flores silvestres desde las altas laderas hasta Calle 85, una arteria muy transitada donde los residentes de Bogotá acuden a comprar. “Nosotras los veíamos cuando pasaban por nuestras casas”, recordaría Carmen más de 50 años después. “Yo preguntaba por su educación. ‘No,’ me dijeron ellos, ‘nosotros no tenemos escuela’. La construcción se había desplomado. Entonces Silvia y yo comenzamos a organizar una escuela en mi casa y a pensar en qué más se podía hacer. Algunas de las mujeres estaban interesadas en aprender a tejer. Recurrimos a nuestros vecinos en busca de ayuda”. Una de aquellas vecinas era Olga de Amaral, ya entonces una artista de éxito.

Yo contacté con Diego Amaral, su hijo, quien me informó que ella se estaba recuperando de una cirugía y que no podía recibir visitantes pero que aceptaba una entrevista telefónica. “Cuando Carmen y Silvia me contactaron, yo acababa de leer un libro que mostraba tejidos de paisajes de Egipto hechos en un telar simple”, me dijo Amaral por teléfono. “Ello me inspiró a ver si algo como eso se podría hacer en Colombia”. En 1964, ella llevó un par de telares rústicos a San Isidro, y también invitó a dos mujeres del barrio a su estudio para aprender más sobre la artesanía. “Nosotros comenzamos a enseñar, y a las



Ricardo y Jesús Chipó cuando niños, y, a la derecha, en la actualidad.

mujeres les gustó el trabajo”, explicó. “Se trata de una técnica simple, fácil de enseñar. Yo les dije que solo tejieran las escenas que veían en su entorno, las escenas de sus vidas cotidianas”. Posteriormente, ella envió a un asistente para continuar la capacitación. Sara Cerón recuerda que hasta 61 personas estuvieron juntas para aprender.

Algunos tejedores trascendieron rápidamente la asesoría de Amaral. Mirando con detenimiento a algunos de los tejidos pueden verse creaciones fantásticas. En uno, una bestia de aspecto feroz, con garras en los pies, comparte la escena con pájaros, caballos de carga y gente. “Es un dinosaurio”, me dijo la tejedora Ana Irene de Hernández con naturalidad cuando la visité en su casa de San Isidro. “Es que me gustaba poner dinosaurios”. Algunos tejedores empleaban la perspectiva en sus trabajos; las casas más alejadas en la montaña eran más pequeñas que las que estaban junto al camino. Otros tejidos son más planos, más del tipo arte naïf, pero las figuras parecen moverse en diagonal o zigzag, infundiendo dinamismo. Una escena de la Natividad muestra a los tres reyes magos

aproximándose a la distancia. Otro complejo tejido lleno de tensión, con masas de imágenes en confrontación, no es en absoluto una representación de la comunidad, sino la forma en que dos hermanos adolescentes, Jesús y Ricardo Chipo, inspirados por una popular serie radial de aventuras, imaginaron un paisaje de selva poblado de “nativos” con lanzas y vinchas rojas, un bestiario de animales y pájaros salvajes, e incluso temibles dragones con fuego.

En su mayoría, sin embargo, los tejedores se atuvieron a la sugerencia de Amaral. Sus creaciones ilustran la vida diaria de San Isidro y los eventos clave de su historia —minúsculos telares significando la introducción del tejido, viviendas prefabricadas que reemplazaron a refugios improvisados de lata y cartón, y la apertura de la escuela cuya aparición testifica su papel fundamental en la comunidad y en las aspiraciones de los residentes. Los telares eran simples marcos rectangulares parados, sin una lanzadera. Los dedos hacen todo el trabajo. El tejedor tensa verticalmente cuerdas de algodón entre los lados

horizontales; luego enhebra lana coloreada a través de las cuerdas para hacer las figuras, bajando cada hilera con la yema de los dedos o con un tenedor de comer para que el tejido quede apretado. “Al principio”, dijo Samper, “Olga proveía lana de su taller. Luego, hicimos arreglos con otro vecino cuya familia tenía tierras donde la gente criaba ovejas, para comprar lana”. Cuando los tejedores comenzaron a producir tapices, la atención giró hacia ellos como fuente de ingreso adicional para sus familias. Cuando los primeros tejidos estuvieron listos para la venta, fueron exhibidos en la casa de Carmen de Samper, pero ella se incomodó con tanta gente desconocida que pasaba por su casa. Fue entonces que Samper y Liévano recurrieron a Cecilia Duque para un punto de venta más apropiado, y los tejidos fueron comercializados a través del museo.

El despliegue que captó la atención de Szekely en 1982 había sido producido en un estallido de creatividad que comenzó hacia fines de la década de 1960. Los tejidos presentan una comunidad atareada: gente



que atiende a los animales; hombres que trabajan en las canteras y cargan las piedras en camiones o cortan leña; mujeres y niños que juntan flores y bayas silvestres para vender. Nuevas casas que se erigen y parejas que meten muebles en ellas; niños que corren y juegan cerca de la escuela. Las texturas de la vida son tejidas en estas escenas tranquilas. Pero los fundadores de San Isidro habían sido migrantes, y la migración en la trágica historia de Colombia ha sido generalmente incitada por la violencia. Para saber sobre los orígenes del barrio, hice arreglos con Marina Cerón para visitar su casa.

Para llegar a San Isidro se aborda un colectivo, o bus pequeño, en la séptima avenida de Bogotá, hacia La Calera, y se viaja por aproximadamente 10 minutos, bajándose cuando se ve junto a la ruta hileras de fuentes de jardín construidas en piedra blanca y superpuestas como pasteles de boda al lado de pilas de adoquines y tejas de distintas tonalidades. El barrio asciende agudamente desde la carretera, con su vía principal que pasa por una escuela con un amplio patio cercado y sube serpenteando la ladera a través de un laberinto de coloridas viviendas de uno o dos pisos con techos de metal, enmarcadas por un tupido bosque de pinos en las laderas más altas. Árboles y arbustos en flor motean la ladera y adornan las casas. Recientemente, San Isidro fue incorporado a la ciudad de Bogotá y rebautizado Bosques de Bella Vista por la vista espléndida de los suburbios del norte y la sabana posterior. Sesenta y cinco años atrás, estas laderas estuvieron cubiertas con una variedad de árboles y plantas, especialmente flores silvestres, y tachonada con canteras de piedras. La tierra y las canteras pertenecían al ejército colombiano, cuya escuela de caballería se ubicaba en el borde de Bogotá, a los pies de las montañas.

Marina me llevó a hacer un recorrido por el barrio, que incluyó una visita a su tía, Ana Irene de Hernández, también del primer grupo de tejedoras, y luego al recinto compacto donde viven tres generaciones de su familia inmediata, junto al taller de tejido que alberga a MAKO, el negocio de la familia. Allí conocí a su padre, Ismael Cerón, un hombre pequeño, macizo, de poncho gris, quien claramente aprendió todo lo que se necesitaba saber sobre una postura correcta durante su servicio militar en la década de 1950.

En 1948, un asesinato político en Bogotá produjo una conflagración en gran parte del país, desatando

la guerrilla más prolongada de América Latina, la que aún prosigue hoy día. (El gobierno y la principal organización guerrillera actualmente se reúnen en La Habana para tratar de negociar la paz.) Para 1950, según me enteré a través de Ismael Cerón y la tía de Marina, Ana Irene, que en ese entonces eran niños, la violencia arrasaba con poblados como Albán y Guaduas, próximos a Bogotá, matando a algunos de sus residentes y haciendo huir a los sobrevivientes hacia la relativa seguridad de la capital. (Ana Irene luego compuso y hasta ahora entona una balada sobre sus memorias de los hechos, de cuando tenía cinco años.) Aproximadamente al mismo tiempo, la escuela El Calvario se estaba ampliando y necesitaba piedras de las canteras vecinas. Varios de los refugiados varones encontraron trabajo en esas canteras, y con la anuencia de la escuela El Calvario, se instalaron con sus familias en una ladera cercana en casas improvisadas de cartón, restos de madera y lata. El ejército proporcionó algunos materiales, así como tiendas de campaña.

En enero de 1964, Cerón, por entonces líder comunitario, se encontró con el nuevo comandante de la escuela El Calvario, quien estaba realizando su primera inspección de las instalaciones, incluyendo las canteras. Los dos hombres se reconocieron de cuando estuvieron realizando juntos el servicio militar una década antes, lo que le brindó a Cerón la oportunidad de plantear las necesidades de San Isidro, especialmente de una escuela. El coronel no solo comprendió el interés; él sabía de un programa gubernamental para construir escuelas en el entorno de Bogotá, y ayudó a comenzar una en San Isidro, el mismo año. Durante la búsqueda de maestros para la escuela, él asignó a algunos de sus oficiales como instructores. Isabel Cerón, hermana de Marina, recordó riendo un intento de no entrar a clase que terminó cuando un soldado la atrapó e inmovilizó bajo el hombro y la devolvió al aula. La educación quedó interrumpida unos años después cuando parte de los cimientos de la escuela cedieron y medio edificio se desplomó. Las familias de San Isidro se pusieron a recaudar fondos para la reconstrucción por medio de ferias, rifas y finalmente la ayuda de El Refugio que también condujo a la introducción del tejido.

La escuela reconstruida fue inaugurada en 1968, evento que es celebrado en una de las obras de la

exhibición. La electricidad llegó finalmente al pueblo en 1985. Pero el mismo año, el Ejército decidió reclamar las tierras donde la comunidad estaba asentada. Ello dio inicio a una larga lucha, con varias causas a ser juzgadas en cortes distritales de Bogotá. La comunidad prevaleció, gracias a los contactos personales de Ismael Cerón con altos oficiales militares, la disposición de los residentes de protestar por medio del cierre de rutas, una prensa favorable, servicios legales sin costo y el apoyo constante de El Refugio. Una ley que reconoció los derechos de propiedad de personas que ocuparon las mismas tierras por 20 años tuvo por resultado una serie de fallos contra el Ejército y éste cedió en sus batallas judiciales. Para 1994, los residentes de San Isidro tuvieron un título limpio de sus parcelas y sus hogares quedaron seguros.

Tejer se convirtió en un emprendimiento floreciente en San Isidro, proporcionando a las familias ingresos por unos 15 años. “Cuando comenzamos a vender tejidos”, afirmó Virginia Martínez, “abrimos cuentas bancarias. Nuestras vidas mejoraron”. Los hogares se volvieron más estables y cohesivos. La comunidad llegó a ser conocida por sus destrezas. Rodeados de telares y coloridos tejidos, los niños crecieron para seguir las huellas de sus padres. “Yo aprendí a tejer antes que a leer”, explicó Marina Cerón, quien sigue haciendo sus manualidades activamente. Estudiando una fotografía de uno de los tejidos de Szekely, ella señaló una pequeña figura de un pájaro que ella recordó haber insertado siendo una escolar. Motivos recurrentes y estilos particulares le permitieron a ella identificar a las familias que habían realizado trabajos específicos. Nosotros llevamos las fotos en un recorrido a pie por el barrio para confirmar su análisis, visitando a Lucía Zorra; los hermanos Chipó, Ricardo y Jesús; y a Virginia Hernández, una de las dos mujeres cuya formación tuvo lugar en el estudio de Olga de Amaral. En cada casa, las fotos evocaron un pasado lejano pero cálidamente recordado y fueron celebradas como una cápsula de tiempo desenterrada.

Luego de 10 o 15 años, muchas familias dejaron de tejer a medida que una Bogotá floreciente, a poca distancia cuesta abajo, les ofrecía empleo con salarios y beneficios estables —a menudo una perspectiva más atractiva que la venta a pago diferido esperando meses, en ocasiones, para recibir los pagos. El tejido fue complementado y luego reemplazado por otras

fuentes de ingreso. Pero trajo a San Isidro educación y relaciones con la ciudad, abriendo oportunidades para los tejedores, sus hijos y sus nietos —estos ahora en la veintena y treintena de años, muchos de ellos graduados universitarios e insertos en las profesiones. Algunos residentes van a trabajar a Bogotá, otros quedan en la casa y crean objetos decorativos para el hogar y el jardín a partir de la abundante piedra blanca. Tallados y materiales de construcción para la venta junto a la ruta confirman que el trabajo en piedra sigue siendo un negocio importante en el barrio.

Miembros de las familias Cerón y Chipó siguen tejiendo en el estilo tradicional. MAKO, el negocio de la familia Cerón, también provee diseños abstractos singulares y coloridos para bolsos de cuero de moda que se venden en las tiendas y centros comerciales de Bogotá. Sara, la matriarca de la familia, es la administradora de MAKO y también activista del medio ambiente. En dos invernaderos que producen frutas y verduras para su familia, ella enseña prácticas de conservación a niños en edad escolar. “Nuestros nietos están aprendiendo que lo que hoy nos está sucediendo”, comentó ella. “La falta de agua, la reforestación con pino canadiense cuyas agujas sofocan a otras plantas y flores, se debe a todo lo que nosotros hemos destruido”. Parte del invernadero es un vivero para plantas y árboles nativos, en la intención de restaurar las colinas sobre el barrio.

Después de dos días en el barrio, mientras viajaba en el colectivo cuesta abajo a Bogotá, se me ocurrió que lo que da significación a la historia de los tejidos es lo que queda fuera de ellos: la violencia y el terror que dieron origen a San Isidro. Plenos de detalles de la vida cotidiana, la fantasía de los pequeños, las escenas bíblicas, los tejidos atestiguan vívidamente un deseo de dejar atrás un pasado de adversidad, incluso de peligrosidad mortal, para trabajar por un futuro mejor. En el proceso, estos colombianos crearon una comunidad sólida que ha mantenido su identidad y ha progresado en forma constante por más de medio siglo, proporcionando a sus hijos y nietos paz, estabilidad y un mejor punto de partida.

Patrick Breslin, ex vicepresidente de relaciones externas de la IAF, se jubiló luego de 22 años. Él puede ser contactado en patbreslin@yahoo.com.

Desafiando al Rey del Arrecife

Por Jenny Petrow, Ana Carmona, Gabriela Boyer y Azucena Díaz

El vistoso pez león, o *pterois volitans*, es un cazador nocturno que parece devorar todo lo que encuentra en su camino. Natural del Océano Pacífico, el pez león hace poco que forma parte del Caribe, lugar donde no tiene depredadores naturales, donde se reproduce a la razón de 30.000 huevos cada cuatro días y donde se atiborra comiendo 30 pececillos y alevines por hora. Pargos, langostas y otras especies locales no tienen la más mínima posibilidad de sobrevivencia contra estas voraces hordas, que amenazan la ecología de los arrecifes. También se encuentra en peligro la subsistencia de los pescadores del Caribe. Donatarios de IAF en la República Dominicana, Costa Rica y México han estado trabajando para reducir la cantidad de estos invasores ocupando la cima de la cadena alimenticia acuática local, de modo que la diversidad de los ecosistemas del Caribe sea protegida contra su apetito insaciable y que el mar siga dando sustento a los pescadores. “Deberá de haber un esfuerzo concentrado a través de todas las aguas territoriales para controlar al pez león”, dijo Marcy Kelley, directora de donaciones de IAF. “IAF espera poder dar apoyo a iniciativas de base en todos los países de la Cuenca del Caribe”.



El efecto Nemo

En la película animada de Disney *Buscando a Nemo*, el personaje principal, un pequeño pez payaso que vive en los arrecifes de Australia es atrapado por un buceador y llevado a vivir en el acuario de las oficinas del dentista P. Sherman, en 42 Wallaby Way, Sydney. Durante la mayor parte de la película, el padre de Nemo trata de encontrar a su hijo y traerlo al hogar. Al fin de cuentas, Nemo fue tirado en el inodoro y desaguado en el océano donde se reúne con su padre.

Aunque las cañerías fueron la salvación de Nemo, en la vida real, liberar peces tropicales en el océano, ahora conocido como “el efecto Nemo,” puede poner en serio peligro a la vida silvestre acuática. Los biólogos creen que el efecto Nemo fue causa de la introducción del pez león en las aguas cristalinas del Caribe. Desconocido en el Atlántico antes de los 1980, el pez león apareció en pleno vigor en los arrecifes de coral del área marina protegida de La Caleta, República Dominicana, en el año 2011, “de la noche a la mañana”, según un pescador Gregorio “Kikito” Batista. La Caleta, justo al este de Santo Domingo, la capital, es la sede de la Cooperativa de

Pescadores y Prestadores de Servicios Turísticos de la Caleta (COOPRESCA) la cual trabaja con el donatario de IAF Reef Check Dominican Republic [Verificación de Arrecifes de la República Dominicana]. Inspirados por el deseo de mantener sus opciones económicas abiertas a largo plazo, los miembros de COOPRESCA prohibieron la pesca en La Caleta, moviendo su pesca más allá de sus límites y ofreciendo servicios a los turistas como fuente de ingresos en la alternativa. El hecho de proteger la fauna acuática nativa, razonaban, aseguraría la pesca del futuro y atraería a buceadores y a esnorquelistas.

Pero el pez león perjudicó ese plan a medida que se comía los peces tropicales, las larvas, los crustáceos y otras criaturas marinas a un ritmo alarmante. Según Rubén Torres, director de Reef Check, además de no tener depredadores ni enfermedades en este nuevo hábitat, el pez león se multiplica porque las especies nativas no han desarrollado los mecanismos necesarios para detectarlo como enemigo. Devorar más de estas presas fáciles de lo que necesita para sobrevivir ha convertido al pez león en “la única especie de pez, que clínicamente hablando, es obeso”, dice Torres.



Jenny Petrow

Gregorio "Kikito" Batista, pescador de COOPRESCA.

Bajo control en la República Dominicana

Esa corpalencia terminó por ser una bendición para los pescadores de COOPRESCA. "La primera vez que atrapamos al pez león en nuestras redes, simplemente lo regalamos," dice Rafael "Bronco" García. Pero luego descubrieron que el pez era un manjar. En 2012, Reef

Check y COOPRESCA, en colaboración con el Comité Regional del Pez León de la Iniciativa Internacional de los Arrecifes de Coral y Pagés BBDO, una empresa de relaciones públicas, lanzaron un plan para generar mayor demanda de este marisco, entre un depredador muy eficaz: *homo sapiens*.

Ya que los pescadores de COOPRESCA eran los primeros en la República Dominicana en comercializar al pez león, fueron ellos los que tuvieron que convencer a los dominicanos que lo comieran. Mucha gente cree que el pez león es venenoso y es cierto que sus espinas protectoras dorsales contienen veneno. Pero la carne es perfectamente sana y segura para el consumo humano. Para cambiar esa percepción, Reef Check y COOPRESCA lanzaron la campaña publicitaria “Cómete un león”, cuyo objetivo eran los supermercados, restaurantes y consumidores. Bien pronto el pez león dió mucho que hablar en las novedades periodísticas, en fotos para la tapa de la revista *Gastroteca* y en nuevas comidas del menú de los restaurantes más finos de Santo Domingo —los renombrados Vesuvio Malecón, Mítre, Travesías, Asia Mía y El Agave entre otros. Algunos de los mejores chefs de la capital lo estaban exhibiendo en recetas originales. Reef Check amplió su campaña al resto de la isla.

El pez león resultó ser un beneficio inesperado para COOPRESCA: fue su primer empeño exitoso de vender un producto como cooperativa. A mediados del 2012, los pescadores de COOPRESCA habían suministrado 100 libras por mes a los restaurantes y supermercados, una razón por la cual la captura de peces cayó de entre 70 y 80 peces por día a sólo dos o tres. Esencialmente la especie está bajo control —por



ahora, al menos dentro de La Caleta. Entretanto el trabajo de Reef Check y COOPRESCA ha inspirado a otras comunidades dominicanas, produciendo declives similares en las poblaciones del pez león. Los pescadores de COOPRESCA lamentan la correspondiente baja de ingresos, pero, dijo Kikito, “El futuro es el turismo”. La reducción del pez león significa un aumento de las otras especies y esa diversidad atrae a los turistas, que por último constituyen una fuente de ingresos más confiable. Para más datos sobre la campaña de COOPRESCA y las atracciones de La Caleta visite <http://reefcheckdr.org> y fíjese en los videos RCDR en línea.



José Alejandro Álvarez

COOPRESCA está contando con la diversidad de la vida submarina del Caribe para atraer turistas.



Ticos a la lucha

En agosto de 2014, IAF comprometió oficialmente \$135.000 a la Asociación de Pescadores Artesanales del Caribe Sur (ASOPACS), una nueva organización de la costa sur de Costa Rica, por su empeño de tres años de mejorar la calidad de vida de sus pescadores y preservar el ecosistema marino local. Eso significó tener que controlar al pez león, que los pescadores ya estaban tratando de hacer por medio de su asociación con la

Universidad de Costa Rica y una pequeña donación del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

Para combatir al invasor, ASOPACS usa *nasas*, trampas tradicionales que los pescadores construyen de madera y alambre. Hasta la fecha, estiman que han colocado casi 300 a través de 30 kilómetros cuadrados, las cuales chequean cada tres días una por una, un proceso que toma siete horas. Como sus contrapartes dominicanos, los pescadores de ASOPACS no



La Esquina, restaurante de Puerto Viejo que ofrece pez león como parte de su menú.



Mark Calcedo

ASOPACS utiliza nasas para atrapar al pez león en Puerto Viejo, Costa Rica. Luego de ponerles coco y restos de pescado como cebo, las nasas son llevadas a unos seis kilómetros de la costa y depositadas a unos 50 a 100 metros de profundidad.

tenían idea de que el pez león era comestible y lo tiraban como si fuera basura. Hoy día se pesan, miden y empaquetan para entrega a restaurantes locales, un mercado que ha motivado otros pescadores a construir *nasas* y ha inspirado a que ASOPACS estudie la posibilidad de venderlos en San José.

ASOPACS ha cosechado miles de estos peces desde que comenzó su lucha y los pescadores aprovechan cada oportunidad de llamar atención a la



campana. Su visibilidad recibió un empuje cuando Luis Guillermo Solís, presidente de Costa Rica, visitó y fue fotografiado sacando a un pez león de una *nasa*. El Ministerio Ambiental de Costa Rica ha sido reclutado a la causa, encabezando la creación en su seno de la Comisión Nacional para el Manejo y Control del Pez León en Costa Rica. Los pescadores mismos han viajado a sesiones de estrategia en Cuba, Panamá y los EE.UU. y han contribuido a los empeños efectuados por la National Oceanic and Atmospheric Administration [Administración Nacional del Océano y de la Atmósfera] (NOAA) del Departamento de Comercio de los EE.UU. “Sólo juntos podemos resolver este problema”, dijo José Ugalde, quien maneja el proyecto. “Agradecemos a todos los colaboradores”. Estos incluyen a residentes de la comunidad quienes compiten en el torneo anual de pesca de ASOPACS y participan en buceos mensuales de cinco horas para cazar al pez león con arpones. Para saber más, envíen un mail a los pescadores a asopescadores@gmail.com o visiten <http://www.facebook.com/AsociacionDePescadoresDelCaribeSur.or>.

El plato típico costarricense combina el pez león, patacones y ensalada.



Cittali García

Martín Froilán, del SCPP, con un pez león arponeado en la Reserva de la Biósfera de Sian Ka'an.

Depredadores —desde prestamistas al pez león

“Tenemos que reconocer que, cuando se trata del pez león, los pescadores de esta cooperativa fueron pioneros en cuanto a la toma de responsabilidad”, dijo Eduardo Pérez Catzin, presidente de la Sociedad Cooperativa de Producción Pesquera Cozumel (SCPPC), ubicada en la isla frente a la costa de la Península de Yucatán en México. Pérez Catzin no es ajeno a los retos. Cuando fue elegido a encabezar la cooperativa en 1995, ésta estaba en manos de prestamistas depredadores. El enfoque austero de su liderazgo fue causa de que la cooperativa se librara de sus deudas en tres años, pero al precio de haber perdido membresía, de la cual SCPPC recién se está recuperando.

SCPPC se ha beneficiado de las concesiones otorgadas por el gobierno mexicano de poder pescar en la Reserva de Biosfera Sian Ka'an y en el Parque Nacional Arrecifes de Cozumel —áreas ricas en arrecifes de coral y en otra vida acuática. El uso de equipos scuba es generalmente prohibido en la concesión y los pescadores bucean a profundidades de algunos 10 a 15 metros sin los mismos para cosechar la mayoría de

su pesca anual de 25 toneladas de langostas, sacándolas una por una de las estructuras de cemento construidas para imitar las grietas donde se esconden los crustáceos. Para asegurar la sostenibilidad de las poblaciones, liberan todo espécimen que mide menos de 13,5 centímetros, y no pescan durante la época de cría que se extiende de marzo a julio. También tienen una prohibición de larga data contra el uso de redes, las que si las usaran atraparían a delfines, tortugas de mar y mantarayas, como captura accesoria. La custodia ambiental de SPPC ha sido reconocida con un premio otorgado por el Secretariado del Ambiente y de Recursos Naturales de México.

En 2007, SCPPC estuvo entre seis cooperativas que unieron fuerzas con el donatario de IAF Comunidad y Biodiversidad (COBI), para desarrollar las técnicas necesarias para seguir el rastro y medir las poblaciones de peces y langostas y recuperar especies y poblaciones de peces mediante la designación de zona de pesca prohibida. Los participantes también estaban preocupados por la pesca ilegal y el empuje del turismo a escala industrial. A esas preocupaciones se añadió la necesidad de controlar al pez león, cuya presencia en la concesión los pescadores y el personal de COBI habían observado a partir del 2005. Para el 2009, cuando el gobierno mexicano había dado advertencia sobre la amenaza a las poblaciones de peces, el pez león había ya comenzado a consumir vorazmente las langostas juveniles en las estructuras de SCPPC. Pero, comentó Pérez Catzin, “Donde el gobierno percibió un riesgo, nosotros percibimos una oportunidad”.

Como otras comunidades pesqueras luchando por controlar al pez león, SCPPC decidió de hacer de éste un banquete. “Al principio no había mucha demanda”, dijo Pérez Catzin y las ventas no cubrían los gastos. Con el apoyo de COBI, SCPPC dió degustaciones en Cancún y Playa del Carmen y poco a poco el público comenzó a aceptarlo. El pez león está en el menú del restaurante de SCPPC y otras instalaciones de la isla, en la Ciudad de México y en los EE.UU., lo que ha contribuido a alzar el precio, beneficiando a otras cooperativas de la Península del Yucatán, además de SCPPC.

Jenny Petrow y Gabriela Boyer son representantes de IAF; Ana Carmona y Azucena Díaz proporcionan los servicios de enlace de IAF en Costa Rica y en México.



Liz Tamayo, técnica del SPPP, y Citlali García, del proyecto COBI, miden al pez león capturado durante un torneo auspiciado por SPPP. Este seguimiento proporciona información esencial sobre tasas de reproducción y sobre la población.

Foro para becarios

La IAF complementa sus donaciones promoviendo el desarrollo con un Programa de Becas que financia la investigación académica en el contexto de tendencias que afectan los esfuerzos de las organizaciones de pobres y de los grupos que los apoyan en América Latina y el Caribe. Este compromiso con el conocimiento a nivel de las bases se remonta casi hasta el inicio del programa de donaciones de la IAF a principios de la década de 1970. Hasta ahora, las becas de la IAF han favorecido a 1.145 candidatos a doctorados y maestrías y a emprendedores sociales que realizaron estudios independientes. Desde 2007, la IAF ha ofrecido apoyo para investigaciones de tesis de doctorado de estudiantes de todo el continente que están inscritos en universidades de Estados Unidos.

Desde el 2011, la IAF ha extendido una invitación anual a todos los ex becarios de ciclos recientes para que presenten artículos originales para su publicación, previa rigurosa revisión por un subcomité anónimo de académicos que realizan el escrutinio de las solicitudes para las Becas de Desarrollo de Base de la IAF. El jurado de este año seleccionó el artículo enviado por Laura Gutiérrez Escobar para esta edición. *Desarrollo de base* agradece a todos aquellos que contribuyeron al éxito de esta competencia, que tiene valor incluso para aquellos cuyos artículos no resultaron escogidos, debido a los concienzudos comentarios que el jurado envía a cada participante, por medio de la IAF. La sección se inicia con el artículo de Anne Gillman, del ciclo de becarios de 2014-2015, adaptado de un ensayo que había sido aceptado para presentarlo en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de 2015.

Nos sigue entusiasmando esta sección de la revista. La razón más obvia es que lleva algunos de los beneficios del Programa de becas a un público más amplio, y que representa otra distinción para los autores cuyos trabajos se publican aquí. Puede encontrar información adicional sobre las becas de la IAF en www.iie.org/iaf.—P.D.



Anne Gillman, su hijo Theo y músicos brasileiros Zé Ne y José Leão.

Fotos cortesía de Ann Gillman

Poetas, payasos y trámites: Abrirse camino entre la cultura burocrática en Brasil

Por Anne Gillman

Pontos de Cultura (PdC) es un programa del gobierno brasileño mediante el cual se financian iniciativas culturales que surjan de las bases en comunidades pobres de todo el país. Debo confesar que, cuando lo conocí, quedé atrapada en el mismo *encantamento* que me habían descrito a menudo en entrevistas los participantes de PdC. En la primavera de 2004, el músico Gilberto Gil, símbolo cultural y flamante Ministro de Cultura del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, estaba recorriendo los Estados Unidos para presentar su agenda cultural. Durante una visita a mi universidad, Gil esbozó elocuentemente una nueva política que

asignaría recursos del Ministerio a las diversas iniciativas creativas que surgen a borbotones entre las bases de las áreas desatendidas. La propuesta de Gil sonaba tan poética como la letra de sus canciones; el PdC iba a *desesconder*, o sacar a la luz, expresiones culturales de segmentos excluidos de la población, financiando y reconociendo oficialmente prácticas poco valoradas y a veces perseguidas y acogiéndolas como parte del rico patrimonio de Brasil. “La cultura es vida, y la vida es flujo”, explicó. Yo asentí enérgicamente, apretando la guitarra que había traído con la esperanza de poder hacer en algún momento, que a propósito llegó final-

mente, la pregunta: “¿Podría cantarme una canción, Ministro Gil?” Él accedió muy amablemente.

La cultura podrá ser vida, y la vida podrá ser flujo, pero resulta que los instrumentos para transferir fondos del Estado a los grupos culturales marginados de Brasil no son tan flexibles. Aunque Gil y los demás visionarios del Ministerio pueden haber tenido el propósito de hacer que la política del PdC “desescandiera” las actividades creativas de grupos subalternos, los Estados tienen formas particulares de “ver” a sus poblaciones, como lo dice la famosa observación del especialista en ciencia política James Scott, que tienden a no percibir, a ocultar y a distorsionar precisamente los tipos de prácticas que son el cimiento de la cultura popular. Los instrumentos de documentación que emplean los Estados para tratar de lograr que la ciudadanía sea “legible” —como los datos del censo o las cifras de empleo— generan “mapas sinté-



Escultor de un Ponto de Cultura de Santa Catarina.

ticos” de la realidad social que a menudo no logran representar su complejidad y las formas en las que en realidad se hacen las cosas. Cuando los Estados intervienen en las vidas de las personas mediante políticas oficiales, la brecha entre las prácticas sociales de facto y estas abstracciones representativas pueden tener resultados desastrosos. Para cuando comencé a visitar los proyectos comunitarios del PdC financiados por el Estado, o “Pontos”, en el curso de la investigación para mi tesis, estas tensiones eran evidentes.

El programa PdC busca estimular la producción cultural, pero lo que el Estado brasileño cuenta son los recibos. En las palabras de un *ponteiro*, como se denomina a los brasileños integrantes de los Pontos, al Estado le importan las notas fiscales y no las musicales. Cuando los escogen como Pontos, los grupos culturales presentan planes detallados de trabajo en los cuales esbozan las actividades que emprenderán y los gastos en los cuales incurrirán. Al final del año, los Pontos deben enviar copias impresas de recibos válidos de cada uno de los bienes adquiridos y servicios contratados, como prueba de que los recursos públicos se utilizaron siguiendo el plan. La mitad de todo un piso del Ministerio contiene una nómina de tecnócratas cuya labor es repasar las montañas de papeles que se apilan en sus escritorios y determinar si los Pontos han rendido suficientes cuentas de los fondos desembolsados. En contraste, en un cuarto pequeño se almacena una serie de discos compactos, videos, pinturas, esculturas, escritos y otros tipos de parafernalia cultural que los *ponteiros* inevitablemente incluyen en las cajas de papeles que presentan, en sus ansiosos esfuerzos por mostrar los frutos de sus esfuerzos.

Si la planificación meticulosa de iniciativas populares y folclóricas con tres años de anticipación parece problemática, todavía es más difícil predecir con exactitud cómo se desenvolverán esos proyectos en comunidades donde la vida cotidiana es impredecible e inestable. Los enfrentamientos con arma de fuego, las inundaciones, la falta de electricidad y las ocupaciones militares estaban entre las razones por las cuales los Pontos que yo visité se desviaron de sus planes de trabajo. Incluso si se sigue rigurosamente un plan, es sencillamente imposible obtener la documentación financiera en la mayoría de las localidades rurales, asentamientos urbanos de invasión, aldeas indígenas y otras comunidades marginadas a las cuales llega el



Elenco de danzas folclóricas, otro Ponto de Santa Catarina.

programa. El comercio funciona mediante intercambios cara a cara: yo le digo a usted el precio, usted me da el dinero y yo le entrego el tambor. En el mejor de los casos se escribe una cantidad de dinero en un trozo de papel. Tanto los funcionarios del gobierno como los *ponteiros* me dijeron que la gran mayoría de los Pontos generan productos innovadores, pero lo que el estado “ve” mediante sus procesos rígidos de documentación financiera rara vez lo corrobora. Es mucho lo que está en juego cuando se trata de cumplir los requisitos contables del programa, ya que los recursos se desembolsan como anticipos que deberán devolverse con intereses si no se invierten de forma “apropiada”. En unas ocasiones, los *ponteiros* se refirieron al “payaso que terminó en la cárcel” por incumplimiento —una historia probablemente apócrifa, pero aun así reveladora, que transmite tanto el peligro que se percibe como lo absurdo de los obstáculos burocráticos del programa.

No obstante, el PdC ha florecido y se ha expandido durante la última década. En todo Brasil, los Pontos continúan emprendiendo actividades culturales por medio del programa, y cada año

se seleccionan y financian nuevos Pontos. Pocos payasos (si acaso hay alguno) han sido procesados penalmente. De hecho, a pesar de la profunda incompatibilidad entre la innovadora misión del programa y sus requisitos administrativos ridículamente complejos, muchos *ponteiros* cuentan que la política ha producido transformaciones positivas en las relaciones entre las comunidades pobres y el Estado brasileño. ¿Cómo es posible esto?

Yo invertí un año tratando de responder esa pregunta, pasando tiempo con *ponteiros* y funcionarios del gobierno, sobre todo de los estados de Río de Janeiro en el suroccidente y Alagoas en el nororiente. Entrevisté a poetas, payasos, chelistas, artistas de rap, bailarinas y juglares, así como burócratas, funcionarios elegidos, contadores y contratistas del gobierno. Asistí en Brasilia a reuniones que parecían interminables, en las cuales los *ponteiros* y los tecnócratas debatían en gran detalle las modificaciones planeadas a los procesos de contabilidad del PdC y bailé un *forro* tradicional del nororiente que tocaba una banda de acordeonistas octogenarios en un pueblo pequeño ubicado a unas tres horas de viaje por una carretera bordeada por campos inmensos de

caña de azúcar. También pasé tres meses dando lecciones de piano en un Ponto ubicado en la favela de Santa Marta en Río de Janeiro. Un piano vertical había subido de algún modo milagroso por los estrechos y empinados senderos de la favela y, lo cual era aún menos probable, seguía afinado.

Esto fue lo que averigüé. La clave del desconcertante resultado del encuentro entre la misión maravillosamente creativa del PdC y sus formas intrincadamente burocráticas es la estrecha relación entre los *ponteiros* y los burócratas. Al comienzo de mi investigación quedó claro que los trámites requeridos por el PdC son el principal punto de contacto. Durante las tres semanas que pasé en la Secretaría de Cultura de Alagoas, por ejemplo, observé un flujo casi constante de *ponteiros* que acudían para hacer preguntas y pedir consejos. Casi todas estas solicitudes tenían que ver con un formulario que había que llenar o los detalles de algún procedimiento administrativo.

Muchas personas que vinieron nunca habían tenido contacto con un funcionario del gobierno o entrado a una oficina pública antes de que su grupo fuera seleccionado como Ponto de Cultura. Le pregunté a un *ponteiro* cuántas veces había visitado la Secretaría después de que su grupo de teatro fuera escogido como Ponto. “Perdí la cuenta”, respondió sonriendo.

Los repetidos encuentros no producen necesariamente relaciones positivas. Los cuatro viajes que hice a las oficinas de la Policía Federal para extender mi visa no me hicieron admirar el Estado brasileño, aunque llegué a conocer íntimamente la estéril sala de espera y las rancias opciones de merienda. La familiaridad es tan capaz de producir desprecio, por no decir extrema frustración, como colaboración. El ingrediente esencial del PdC es un cuerpo de administradores comprometidos que desafían los estereotipos del burócrata. De los más de 30 empleados del gobierno que entrevisté, casi todos tenían una

La favela de Santa Marta, donde la autora dictaba clases de piano.



conexión personal con las artes y estaban apasionadamente comprometidos con el programa. Fernanda, coordinadora del programa en Río de Janeiro, es pariente de Chico Buarque, una de las figuras culturales más conocidas de Brasil, un compositor brillante y dramaturgo famoso por su resistencia durante la dictadura. Alexandre, un burócrata de nivel medio y aficionado vitalicio al Carnaval, pasó su juventud haciendo mandados para grupos de samba para tener la oportunidad de desfilarse con ellos. Esas personas no “ven” como el Estado.

Los administradores del PdC son intermediarios esenciales entre los Pontos y un aparato estatal enorme, rígido y amarrado por las reglas. Responden a la legislación que rige la transferencia de recursos públicos y a las instituciones y rutinas menos formales de las burocracias, y están limitados por ambas. Pero también entienden las complejas realidades sociales en las que operan los Pontos y de veras aprecian y admiran sus iniciativas culturales. Se esfuerzan al máximo por ayudar a los *ponteiros* a superar los obstáculos administrativos. “Los Pontos piden ayuda y hacemos todo lo que podemos”, explicó un administrador del PdC en la Secretaría de Cultura de Río de Janeiro. “Vamos y conversamos con ellos. Nosotros tenemos nuestra realidad, que es la burocracia cotidiana, y nuestro trabajo es burocrático. Pero la relación con los Pontos es realmente diferente. Consiste en tratar de entender, de ponernos en sus zapatos. Somos el puente entre el lado burocrático y el humano”. Los burócratas del PdC les dan a los *ponteiros* el número de su celular personal, visitan sus hogares, trabajan hasta las horas de la noche y por lo general se esfuerzan por ayudar a los Pontos a producir la documentación necesaria.

Su dedicación se nutre de los productos culturales de los Pontos. Un empleado del gobierno y yo visitamos un nuevo Ponto en Río de Janeiro, donde un afrodescendiente realizaba una representación teatral de un poema que había escrito, en el cual reflexionaba con ironía sobre las instrucciones que había recibido cuando era niño de sonreír siempre. Pasamos todo el viaje de regreso maravillándonos de su talento, que acentuaba la sencillez del contexto: un hombre en el escenario de una iglesia, con un público sentado en sillas plegables. Las comunidades pobres de las zonas urbanas de Río son casos arquetípicos de las formas en las cuales las interacciones entre el Estado y la

sociedad producen marginalidad, pero también de los lugares especiales que ocupan las comunidades marginadas en el paisaje cultural de Brasil. Al observar los cálidos contactos entre burócratas y artistas en este contexto, pensaba que fui testigo directo de cómo pueden ayudar las iniciativas destinadas a cultivar los recursos culturales de las poblaciones excluidas a desplazar los márgenes que las afectan.

Parte del papel de puente que desempeñan los administradores es mediar entre las inspiradoras expresiones culturales de los Pontos y lo que se refleja en el papel. Alexandre describía a una organización rural que había comprado una vaca, ya que el plan de trabajo incluía una partida para comida para los participantes. Pero desde el punto de vista legal, una vaca es propiedad personal, no comida. Por lo tanto, los documentos iniciales del grupo fueron rechazados, ya que técnicamente el gasto se apartaba del plan. “¿Cómo se le dice a una persona del campo que una vaca no es comida?”, exclamó Alexandre exasperado. Hizo gestiones ante la burocracia para resolver esta diferencia y asegurar que el Ponto no tuviera que devolver los recursos gastados. Ese tipo de intervención es común. “Nos esforzamos tanto como podemos por asistir a otros sectores”, comentó otro empleado del PdC. “Tal vez por su entrenamiento, ellos [los sectores de contabilidad] ven a la persona [el *ponteiro*] como un montón de papeles, pero nosotros sabemos que tiene un proyecto increíble. Por eso les decimos: ‘Miren: vamos a ser un poco flexibles. Veamos qué podemos hacer’”.

Los contactos entre representantes del gobierno y *ponteiros* ayudan a ambas partes de la ecuación a aprender. Un *ponteiro* dijo que el programa está “transformando en burócratas a los artistas”. Por medio del intenso proceso de aprender haciendo que implica manejar recursos públicos por primera vez, a menudo llevados de la mano por dedicados burócratas, los *ponteiros* adquieren las destrezas técnicas y los conocimientos necesarios para abrirse camino en procesos administrativos complicados. En muchos casos, luego los *ponteiros* las aplican para otros propósitos, como obtener acceso a otras fuentes de financiamiento público. Pero tanto los representantes del estado como los *ponteiros* reconocen que algo se pierde si la cultura se burocratiza demasiado y por eso colaboran para promover cambios que permitan al

Estado brasileño “ver” las prácticas culturales, llegar a los grupos marginados y responder a sus necesidades. A veces, esto implica modificaciones informales a normas y prácticas, como la ampliación de plazos. La colaboración también ha llevado a cambios formales en las normas y la legislación (un tema que merece más análisis del que es posible realizar aquí). Por ejemplo, ahora se permite a los grupos indígenas, cuando solicitan el estatus de *Ponto de Cultura*, que describan sus actividades verbalmente en lugar de hacerlo por escrito.

De hecho el programa PdC está ayudando a transformar las relaciones entre el Estado y la sociedad en Brasil mediante la transferencia directa de recursos públicos a grupos culturales de las bases en comunidades pobres, aunque no necesariamente como lo previó el Ministro Gil. Sin duda, el contenido artístico de la política tiene un papel esencial en este proceso. La cultura es un ámbito en el cual las comunidades pobres podrían ser especialmente ricas; algunos de los estilos musicales más valorados de Brasil, la samba y el *forro*, surgieron en zonas urbanas y rurales empobrecidas. Reconociendo esas zonas por sus recursos y no por sus carencias, el PdC estimula la creatividad de los grupos excluidos, sentando las bases de formas de interacción marcadamente distintas entre los grupos marginados y el Estado brasileño. Lo irónico es que los trámites son un impulsor clave de esas transformaciones y sirven de motivo principal para el contacto entre los participantes y los empleados del gobierno. Estos encuentros fructíferos a menudo hacen que los *ponteiros* tengan mayor acceso al Estado brasileño y más influencia en él, y que el Estado sea más capaz de aceptar las prácticas de los grupos culturales marginados. En estos procesos, las fricciones entre la insistencia en el cumplimiento de trámites y la creación de cultura generan energía combustible. El hecho de que tanto a los *ponteiros* como a los empleados públicos les encante la misión creativa del PdC, que se nutre de su contacto constante con los inspiradores productos culturales de este, es el lubricante.

Anne Gillman, becaria de la IAF durante el ciclo 2014-2015, candidata al doctorado en política comparada en Johns Hopkins University y es pianista. Realizó investigaciones adicionales en Brasil con el apoyo del Social Science Research Council.



Músicos de “Meninos do Sítio,” un Ponto de Cultura de Alagoas rural.





Variedades tradicionales de maíz preservadas por un custodio de semillas de Canamomo y Lomapieta.

Fotos cortesía de Laura Gutiérrez Escobar

Simientes de lucha en Colombia

Por Laura Gutiérrez Escobar

Quien posee el derecho a utilizar y reproducir las semillas ha puesto a agricultores colombianos en contra de la industria biotecnológica en una lucha que se ha intensificado desde 2012. Lo que para los agricultores está en juego es la “soberanía de semilla” o su derecho a decidir qué tipo de semillas cultivar y cómo distribuirlas (Kloppenborg, 2010: 153). Soberanía de semilla se paralela con el término “soberanía alimentaria” acuñado por el movimiento social transnacional La Vía Campesina. Se refiere a una agricultura que responde adecuadamente a la necesidad de alimento al tiempo de ser culturalmente apropiada, así como compatible con normas sociales y el uso responsable del medio ambiente (La Vía Campesina, 2008; Desmerais, 2007; Gutiérrez Escobar, 2011).

Las raíces del conflicto

La escalada de este conflicto tiene sus raíces en (1) la promoción de cultivos transgénicos o genéticamente modificados (GM), especialmente maíz destinado a mercados de materias primas para los agrocombustibles y para alimento de animales, y (2) reclamos de que las plantas y su material genético son crecientemente pasibles de derechos de propiedad intelectual. El Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Colombia y los Estados Unidos, que entró en vigor en 2012, luego de seis años de haber sido firmado, requiere que Colombia se adhiera a la Unión Internacional para la Protección de las Obtenciones Vegetales (UPOV) de 1991, un sistema que restringe los derechos de los agricultores a usar las semillas que ellos producen.

UPOV91 hace esto al reconocer el interés propietario de productores, generalmente industriales, en semillas híbridas y GM, y en semillas consideradas “esencialmente derivadas” de variedades protegidas. Sus protecciones se extienden a semillas que en su estado natural pueden compartir las características de las semillas modificadas e incluso a variedades que no involucran un proceso creativo sino que fueron “descubiertas” y que no habían sido registradas antes en ningún lado como propiedad intelectual. (Grupo Semillas, 2011; Gutiérrez Escobar y Fitting, 2015). Vandana Shiva, una activista de la India, califica a tales reclamos de propiedad de las corporaciones como “biopiratería” y las descarta como ilegítimas. Ella pone énfasis en que las semillas reclamadas son en realidad el producto y patrimonio de los agricultores que las han cuidado y desarrollado por milenios (Shiva, 2001: 49). Entre los más férreos activistas que trabajan en Colombia por el derecho a guardar semillas y contra la proliferación de cultivos GM están agricultores de Cañamomo y Lomapieta, nombre que hace referencia a un solo resguardo o territorio indígena próximo al pueblo de Riosucio, departamento de Caldas.

El resguardo

Cañamomo y Lomapieta, ubicado sobre el eje cafetalero de Colombia, es uno de cuatro resguardos pertenecientes a los indígenas embera-chamí. La Constitución colombiana de 1991 reconoce el derecho de los pueblos nativos a recuperar territorio y su identidad, y a la autonomía política. En 2009, para proteger la agrobiodiversidad y evitar el ingreso de cultivos y alimentos GM, particularmente maíz, los residentes, invocando el ejercicio de sus derechos constitucionales, declararon a Cañamomo y Lomapieta como “territorio libre de transgénicos”, uno de los pocos en Colombia. Ellos también crearon una Red de Custodios de Semillas, y construyeron una casa de semillas comunitaria —iniciativas que buscan controlar los tipos de semillas valoradas así como su propiedad, cultivo y circulación. La Red de Semillas Libres (RSL) ha apoyado activamente a Cañamomo y Lomapieta. RSL incluye a organizaciones de base y no gubernamentales que hacen campaña contra las semillas GM y la protección legal a reclamos por plantas como propiedad privada, y en favor de iniciativas tendientes a la soberanía de semillas. El resguardo

ha trabajado estrechamente con las organizaciones no gubernamentales colombianas Corporación Custodios de Semillas y el Grupo Semillas, y con SwissAid, todos miembros de RSL. Un aliado fundamental es el gobierno municipal de Riosucio, cuyo alcalde se convirtió en el primer indígena colombiano electo al cargo —luego que otros tres candidatos indígenas fueran asesinados cuando hacían campaña.

La declaración del resguardo sostiene que las semillas constituyen un patrimonio del pueblo indígena y solo pertenecen a la *Pachamama*, la madre tierra. Por lo tanto, afirma, las semillas no pueden ser “alteradas de, ni contaminadas en, su condición natural, ni pueden ser de propiedad privada”. La declaración prohíbe los “programas de seguridad alimentaria y desarrollo agrícola que incluyen semillas GM, alimentos o paquetes de tecnología que ponen en riesgo nuestras semillas tradicionales, conocimiento ancestral y territorio”. Finalmente, declara al resguardo como comprometido con el crecimiento y la preservación de semillas tradicionales, refiriéndose a variedades nativas o criollas, con la valoración del conocimiento relevante y con el apoyo a los custodios de semillas —agricultores inmersos en la agrobiodiversidad y dedicados a difundir las semillas tradicionales aunque la inversión de tiempo sea considerable y el retorno sea bajo. “La gente admira las variedades pero no las siembra. Es algo demasiado exigente. Ellos le felicitan a uno por el esfuerzo, pero eso es todo”, dijo un custodio de semillas a quien llamaré Pedro. (Todos los agricultores entrevistados pidieron el anonimato.)

El gobierno autónomo, o *cabildo*, de Cañamomo y Lomapieta, ha apoyado a las redes locales de custodios de semillas y a las ferias de semillas que los conectan con custodios de toda Colombia. Les permite a los custodios de semillas plantar en tierra comunal y les provee de semillas de otras comunidades indígenas así como de insumos tales como abono verde. El cabildo construyó la Casa Comunitaria de Semillas, donde las simientes son vendidas a precios que esta casa de semillas considera justos tanto para custodios como para compradores. Se considera que un agricultor que acepta semillas sin cargos ha asumido la obligación moral de devolver a la casa de semillas hasta el 50 por ciento de la cantidad recibida, “pagable” en especie de su propia producción.



Laura Gutiérrez Escobar en una feria de semillas en Riosucio, Caldas.

El cabildo y la red han participado en un estudio a nivel nacional de Diagnóstico de maíces criollos de Colombia, iniciado por SwissAid y el Grupo Semillas para identificar qué variedades de maíz criollo son importantes para las comunidades agrícolas en términos de sus prácticas culturales, su economía y fuentes de alimento y medicina. El estudio indicó la existencia de 87 variedades, de las cuales solo una cuarta parte sigue abundando en la zona de cultivos de cafeto. Las demás están consideradas en peligro de extinción y algunas se han perdido (Campana Semillas de Identidad y Grupo Semillas, 2011: 13-15). El estudio ayudó al resguardo a evaluar la menguante diversidad de maíces, identificar las causas y decidir cómo mitigar el riesgo de nuevas pérdidas, evaluar el peligro de contaminación de variedades GM y evitar su introducción.

Amenazas y resistencia

La resistencia activa de las comunidades embera-chamí de Riosucio podría parecer prematura porque hasta ahora ninguna variedad GM de cafeto ha sido desarrollada y no hay grandes extensiones de otros cultivos GM en la proximidad. De los tres cultivos GM aprobados para la siembra en Colombia —algodón, maíz y claveles— solamente el maíz se cultiva en el

departamento de Caldas. En 2013, el cultivo total alcanzó las 319 hectáreas (Agrobio, 2013). El maíz GM está diseñado para tolerar el herbicida fabricado por la respectiva compañía de biotecnología. Por ejemplo, las semillas “Roundup Ready” de Monsanto son resistentes al glifosato, el ingrediente activo del Roundup, que fue recientemente clasificado por la Organización Mundial de la Salud como “probablemente cancerígeno para el ser humano”. Los fabricantes también transfieren genes de la bacteria *Bacillus thuringiensis* (Bt), que hace a los cultivos GM resistentes a los insectos, pero también rompe las barreras evolucionarias al cruce entre especies, y las consecuencias de largo plazo para las plantas y el ambiente pueden ser insuficientemente comprendidas e impredecibles. La toxina Bt puede ser perjudicial para las abejas y otros insectos clave para la polinización. Además, los cultivos GM han ocasionado el desarrollo de “súper” malezas y plagas resistentes. Esto ha motivado a la industria a desarrollar nuevas variedades aún más resistentes a productos químicos tóxicos como el 2-4D, un ingrediente del Agente Naranja, el herbicida que sigue ocasionando defectos genéticos, enfermedades relacionadas con los genes y cáncer en Vietnam y afectando a los excombatientes expuestos al mismo durante la guerra y a sus hijos (ETC Group, 2008).

El Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) ha prohibido los cultivos GM en tierras dentro de un radio de 300 metros de territorios indígenas. Sin embargo, los custodios de semillas de Cañamomo y Lomaprieta consideran extremadamente preocupante *cualquier* plantación de cultivos GM, incluso la actualmente pequeña cantidad de maíz, debido a la amenaza de contaminación a las variedades tradicionales y silvestres. Ellos sostienen que las medidas del ICA no son efectivas contra el viento y los insectos, incluyendo las abejas —vectores que dispersan el polen independientemente del radio de 300 metros establecido por la ley. Además, las medidas de bioseguridad del ICA no abordan el riesgo de contaminación que plantea el maíz GM importado y su potencial uso en programas auspiciados por el gobierno y el sector privado que buscan la seguridad alimentaria y el avance del desarrollo agrícola. Como resultado, la conservación de semillas es vista cada vez más como una resistencia en defensa de territorios indígenas y de una forma de vida.

Sistemas de semillas, redes de custodios

Tanto el cabildo como los custodios de semillas en el resguardo consideran a las semillas GM y a la aplicación de derechos de propiedad intelectual a las plantas como fundamentales para la agricultura de conducción corporativa y orientación a la exportación que ellos perciben como conducentes al acaparamiento de tierras, la mercantilización de las semillas y la competencia de las importaciones de alimento junto con la contaminación de las variedades tradicionales. Ellos defienden “sistemas de semillas vivas” caracterizados por simientes desarrolladas en las fincas —o “conservación *in-situ*”— basados en su acervo compartido y su experiencia práctica.

Considerar a los sistemas de semillas como “vivos” presenta un agudo contraste con el concepto de “conservación *ex-situ*,” que ocurre en bancos de germoplasma, algunos administrados por el Grupo Consultivo sobre Investigación Agrícola Internacional (CGIAR) que obtiene sus fondos de compañías de biotecnología, importantes fundaciones filantrópicas y organismos multilaterales. Las semillas congeladas y almacenadas en bancos de germoplasma están “fuera del alcance de los agricultores y de la tierra como si ellas estuvieran muertas”, en palabras del custodio de semillas Juan. “Yo he pedido vehementemente nuevas semillas para cultivar”, dijo. “No se trata de mantenerlas en frascos o estantes”. De acuerdo con custodios de semillas, los sistemas vivos producen semillas que, a diferencia de las simientes GM e híbridas, están bien adaptadas a las condiciones locales, benefician al medioambiente, confirman el valor del conocimiento de los agricultores e impulsan la soberanía alimentaria (RSL, 2013; Gutiérrez Escobar, en imprenta). “Las semillas son el poder y el sustento para la finca y para uno”, dijo el custodio de semillas Jorge.

Los custodios de semillas como Jorge consideran tanto a las variedades híbridas como a las GM perniciosas para el medioambiente y para la soberanía alimentaria porque están destinadas al monocultivo amplio con intensa aplicación de insumos químicos —produciendo el equivalente a una segunda Revolución Verde. Más aun, genes recesivos dobles que aparecen en generaciones posteriores resultan en la pérdida de las propias características diseñadas para hacer que las semillas GM o híbridas originales sean deseables, de modo que los agricultores deben comprar nuevas

semillas para cada ciclo agrícola. El cabildo y los custodios de semillas de Cañamomo y Lomapieta citan las variedades híbridas de pleno sol desarrolladas para el monocultivo por la Federación Nacional de Cafeteros (Fedecafé) de Colombia, con la intención, sostienen ellos, de reemplazar el biodiverso bosque cafetero, un ecosistema agrícola donde el cafeto crece a la sombra de árboles nativos y es intercultivado con plátanos, maíz, frijoles y plantas medicinales y aromáticas (Corrales, 2002). Los custodios de semillas se quejan de que las variedades de Fedecafé solo funcionan bien en complementación con onerosos paquetes de tecnología que según ellos perjudican el suelo, la biodiversidad y su propia soberanía alimentaria, especialmente cuando los precios internacionales del café se han desplomado. Si bien Fedecafé distribuye gratuitamente sus variedades colombia y castillo a los agricultores, los activistas indígenas se quejan de que el crédito y la asistencia técnica están condicionados a su utilización.

Para los custodios de semillas, el modelo de bosque de cafetos de variedades tradicionales es mejor para mantener la fertilidad del suelo y un confiable suministro de alimentos y reduce la dependencia de los insumos químicos. De acuerdo con el custodio de semillas Carlos, “el café pajarito, introducido allí unos 150 años atrás, no requiere fertilizantes. Con solo mantener la limpieza y ajustar la sombra, produce bien. Las plagas pueden atacar estas plantas pero no las pueden matar o causarles daños serios”. Pero algunos agricultores indígenas de Riosucio, que no pertenecen a la red de custodios de semillas, dicen que las variedades de Fedecafé a menudo producen una cosecha más grande y resisten más efectivamente a las peores plagas: el hongo roya y el escarabajo barrenador del café. Sin embargo, ellos concuerdan con los custodios de semillas en que el desempeño de las variedades de Fedecafé está condicionado a costosos insumos que ellos difícilmente pueden permitirse en el actual contexto de una economía pobre, y con el precio del café en picada.

Solidaridad hacia la soberanía

Los embera son literalmente “gente del maíz”. El maíz es un elemento en sus comidas rituales; en sus mingas, la fuerza de trabajo comunitaria que se remonta siglos; y en la toma de posesión de sus gobernadores (Campaña Semillas de Identidad y Grupo

Semillas, 2011: 9-11). La recuperación de variedades tradicionales de maíz es vista asociada a la recuperación de la autonomía política y económica, su identidad indígena y su relación tradicional con las plantas y el medioambiente (Escobar, 1998). Además de conservar semillas, las afirmaciones de soberanía de semillas en Cañamomo y Lomapieta incluyen la oposición a la legislación que protege los reclamos de los agronegocios de las semillas como propiedad. Los custodios de semillas en el resguardo se refieren a las variedades de semillas híbridas y GM como “semillas desmejoradas” designación que objeta directamente la primacía de la producción científica industrial.

La casa de semillas rechaza los esquemas convencionales para certificar semillas híbridas y GM de acuerdo con criterios que recurren a cantidad de la producción y homogeneidad. Los estándares de seguridad y calidad en su propio Sistema Participativo de Garantías (SPG), consideran el conocimiento que da a los agricultores la habilidad de preservar y desarrollar variedades heterogéneas en sus parcelas y de incorporar solo en la medida que ellos estimen apropiado, elementos de lo que ellos consideran ciencia “occidental” (RSL, 2014). El personal de la casa de semillas juzga la calidad de la semilla en su relación con la soberanía alimentaria y dietas locales y puede aplicar ciertos estándares convencionales para germinación, limpieza y el porcentaje deseable de humedad. Pero el personal también requiere que los custodios suministren semillas adaptadas a las condiciones locales y desarrolladas y reproducidas sin el uso de productos químicos. El personal aplica una mezcla de técnicas de preservación. La compra de refrigeradores para almacenamiento está en estudio, pero pimientos picantes y otros elementos tradicionales son utilizados para repeler los gorgojos, y las semillas son mantenidas próximas al fogón para impedir la infestación de otros insectos. Las bolsas etiquetadas con información sobre calidad y origen, confirman la observación de la custodia de semillas Rosa de que el SPG tiene que ver con “la confianza y la solidaridad entre custodios de semillas; el conocimiento de cómo y en qué comunidad la semilla fue producida”.

El cabildo de Cañamomo y Lomapieta, con el apoyo del gobierno municipal de Riosucio, está avanzando otras dos iniciativas hacia la soberanía de semillas. Primero, el cabildo ha hecho un llamado



Sacos de semillas en la casa de semillas comunitaria etiquetados.

a su fuerza de seguridad, sin armas encargada de la protección de la comunidad para que confisque semillas GM a fin de que el territorio permanezca libre de transgénicos, de acuerdo con un guardia de la fuerza. El cabildo también está tratando de regular el uso de semillas por parte del gobierno colombiano y otros donantes que extienden ayuda alimentaria y agrícola. El temor es que organizaciones no gubernamentales y organismos del gobierno pudieran distribuir maíz y soja GM de los Estados Unidos y Argentina, que están en creciente disponibilidad en mercados locales a precios inferiores a los de las variedades domésticas que no son GM (Gutiérrez Escobar, en imprenta). Tanto el cabildo como el gobierno municipal rechazaron la Red de Seguridad Alimentaria (ReSa), un programa del gobierno colombiano, debido a que requiere que los agricultores utilicen semillas certificadas por el ICA. “Nosotros les dijimos [al personal de ReSa]: ‘Lo sentimos pero aquí nosotros tenemos nuestra propia propuesta, nuestras propias semillas, y no queremos semillas certificadas, de modo que pueden dar media vuelta y llevar su programa a otro lado’”, recordó Rosa haber dicho en una reunión de custodios de semillas en septiembre de 2014. “Nosotros decidimos que no teníamos que temer”, añadió ella. “Si un día el ICA viene al resguardo para incautar nuestras semillas, yo creo que seremos lo suficientemente fuertes como para impedirlo”.

Finalmente, los custodios de semillas consideran que las simientes son sagradas y que son bienes colec-

tivos —bienes comunes globales— el “patrimonio de comunidades agrarias para beneficio de la humanidad”, no un medio para facilitar la acumulación de capital ni una colección de genes susceptibles a ser de propiedad privada. Por consiguiente, la Casa de Semillas Comunitaria rechaza los derechos de propiedad intelectual en favor de un sistema de distribución que permite la reciprocidad y no mercantiliza las semillas. La etiqueta de las bolsas de semillas aclara: “Esta semilla no es un producto comercial. Su precio reconoce el esfuerzo y la dedicación del custodio de semillas”.

Conclusión

En Cañamomo y Lomapieta las semillas son consideradas un vehículo para mantener la autonomía, sistemas de conocimiento tradicionales y agroecológicos, identidad cultural y soberanía alimentaria, antes que como materia prima mercantil. Para los custodios, las semillas deben seguir “pasando libremente de agricultor a agricultor”. Ellos responden al llamado a la desobediencia civil de la Red de Semillas Libres cuando las leyes restringen la libre circulación de las semillas, y al rechazo del desarrollo que convierte a los agricultores en “emprendedores” que ofrecen mantener la biodiversidad y usar su conocimiento como “servicios ambientales” que se negocian en los mercados financieros (RSL, 2013; Escobar, 1998). Los custodios de semillas de Cañamomo y Lomapieta son conscientes de que declarar su territorio libre de transgénicos significa chocar con poderosas empresas que están preparadas para defender sus intereses. A pesar de ello, estas comunidades embera-chamí siguen reclamando su derecho a usar semillas de su acervo para producir alimento, sin depender de productos industriales. Su tenacidad se ha convertido en un ejemplo para comunidades de ideas afines en toda Colombia.

Laura Gutiérrez Escobar es candidata a doctorarse con un Ph.D. en antropología en la University of North Carolina en Chapel Hill y pertenece al ciclo 2013-2014 de becarios de la IAF. Su investigación fue posteriormente financiada por el programa de becas doctorales Francisco J. de Caldas del gobierno colombiano. Ella desea expresar su reconocimiento a Germán Vélez del Grupo Semillas por su guía, y al jurado anónimo emanado del Comité de Revisión Académica de la IAF.

Bibliografía

- Agrobio. “Cultivos genéticamente modificados en Colombia”, 2013. (Consultado el 10 de abril de 2015). [http://www.agrobio.org/bfiles/fckimg/Infografia_Agrobio_%20Mapa_Cultivos%20GM%20Colombia_2013\(1jpg](http://www.agrobio.org/bfiles/fckimg/Infografia_Agrobio_%20Mapa_Cultivos%20GM%20Colombia_2013(1jpg)
- Campaña Semillas de Identidad y Grupo Semillas. *Diagnóstico de Maíces Criollos de Colombia: Región Cafetera*. Bogotá: Arfo Editores, 2011.
- Corrales, Elcy. “Sostenibilidad agropecuaria y sistemas de producción campesinos”. *Cuadernos Tierra y Justicia* 5. Bogotá: ILSA, 2002.
- Desmarais, Annette Aurélie. *La Vía Campesina: Globalization and the Power of Peasants*. Halifax y Londres: Fernwood Publishing y Pluto Press, 2007.
- Escobar, Arturo. “Whose Knowledge, Whose Nature? Biodiversity, Conservation, and the Political Ecology of Social Movements”. *Journal of Political Ecology* 5 (1998): 53-82.
- ETC Group. “Who Owns Nature? Corporate Power and the Final Frontier in the Commodification of Life” No. 100 (2008 Consultado el 13 de sept. de 2014).
- http://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/publication/707/01/etc_won_report_final_color.pdf
- Grupo Semillas. *Las leyes de semillas aniquilan la soberanía y autonomía de los pueblos*. Bogotá: Arfo Editores e Impresores Ltda, 2011.
- Gutiérrez Escobar, Laura. “El proyecto de soberanía alimentaria: construyendo otras economías para el buen vivir”. *La Otra Economía. Revista Latinoamericana de Economía Social y Solidaria* 5, 8 (2011): 59-72.
- . “Semillas, bienes comunes y soberanía alimentaria. La Red de Semillas Libres de Colombia”. En *El Origen. Caminando el pasado, presente y el futuro*, editado por Margarita Aristizábal y Henry Montes, 135-156. Palmira: Universidad Nacional de Colombia y Fundación Karibia (en imprenta).
- Gutiérrez Escobar, Laura y Elizabeth Fitting. “The Red de Semillas Libres: Contesting Biohegemony in Colombia”. Ponencia a ser presentada en el XXXIII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, San Juan, Puerto Rico, 27-30 de mayo de 2015.
- Kloppenborg, Jack. “Seed Sovereignty: the Promise of Open Source Biology”. En *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*, editado por Hannah Wittman, Annette Aurélie Desmarais, y Nettie Wiebe, 152-167. Oakland: Food First Books, 2010.
- La Vía Campesina. “Peasant Agriculture and Food Sovereignty are the Solutions to Global Crisis: Open Letter from Maputo”. (2008 Consultado el 13 de mayo de 2012). <http://pambazuka.org/en/category/letters/51604>

Rede Ecovida y más allá

Por Juliana Menucci

Desde que la Fundación Interamericana comenzó a conceder donaciones en la década de 1970, las iniciativas agrícolas y de producción de alimento han figurado en forma consistente como el componente principal de su cartera. El giro actual es que en forma creciente los agricultores de las organizaciones financiadas por la IAF están apuntando a la agroecología, un sistema de prácticas que busca beneficiar la producción, al medioambiente y al consumidor. La novena reunión de la Rede Ecovida de Agroecología (Ecovida), realizada entre el 20 y el 22 de abril en Marechal Cândido Rondon, Brasil, congregó a más de 100 agricultores y personal de 60 organizaciones con apoyo financiero de la IAF que trabajan en distintos puntos del espectro de la agroecología en Argentina, Belice, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú y República Dominicana.

De las organizaciones que integran Ecovida, varias han estado con el movimiento agroecológico desde la década de 1970, cuando ellas se opusieron a la Revolución Verde, su diseminado uso de pesticidas y fertilizantes químicos, y su modelo de agroempresas de gran escala. Desde 1998, Rede Ecovida ha liderado en Brasil el movimiento hacia una forma más responsable de cultivar enfocada en una producción con base familiar. Hoy día, Ecovida cuenta entre sus miembros con más de 200 grupos, representando a 2.000 familias, y más de 20 organizaciones de apoyo de 170 municipios diseminadas por las áreas rurales de Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná y São Paulo, granero de Brasil además de ser zona de fincas que proveen otros alimentos —porotos o frijoles, yerba mate, frutas— producidos en menor escala. Entre los miembros de base y no gubernamentales de Ecovida están varios donatarios de la IAF: el Centro de Estudos e Promoção da Agricultura de Grupo (CEPAGRO), Centro Vianei de Educação Popular (AVICITECS), Centro de Tecnologías Alternativas e Populares (CETAP), Centro Ecológico, la Associação de

Estudos, Orientação e Assistência Rural (ASSESOAR) y la Associação dos Agricultores Agroflorestais de Barra do Turvo/SP e Adrianópolis/PR (COOPERAFLORISTA).

Ecovida ha sido líder del debate brasileño sobre auditorías relativas a la certificación orgánica, la cual requiere que un inspector externo evalúe la calidad del cultivo —servicio que está fuera de las posibilidades de las familias agrícolas de pequeña escala. Entre sus logros está el sistema pionero de gestión entre iguales que desarrolló para la certificación de productos, que fue oficialmente acreditado por el Ministerio de Agricultura en 2010 y es ahora un punto de referencia para otras redes de todo el continente. Estos Sistemas Participativos de Garantía (SPG) fueron el tema de uno de los 27 seminarios y talleres disponibles para los 1.500 asistentes del encuentro de abril. Otros tópicos fueron el impacto de los pesticidas y de organismos genéticamente modificados, la recuperación y conservación de las semillas nativas, la apicultura, la construcción de una base consumidora para productos agroecológicos, y estrategias para llegar a los mercados locales. Rede Ecovida ha desempeñado un papel clave en vincular cooperativas de los tres estados sureños y São Paulo. Este esfuerzo concertado ha sido un paso enorme en el abordaje de un gran desafío: proporcionar a los clientes una cantidad suficiente de productos diversos de calidad consistente durante todo el año. El evento de Ecovida también albergó la Feira de Sabores e Saberes, una presentación de estilo tradicional de los productos de la estación, alimentos procesados a partir de ellos, semillas nativas, artesanías y los relatos acompañantes a los bienes en exhibición.

Luego de la conferencia, los agricultores de los donatarios de la IAF viajaron 250 kilómetros al sur, pasando inmensos campos de monocultivo de soja, hasta Francisco Beltrão, donde por dos días ASSESOAR fue anfitrión de más discusiones y compartió la amplia experiencia de sus miembros con el sistema específicamente adaptado a su tierra. Un

punto resaltante fue la visita a pequeñas fincas donde ASSESOAR ha ayudado a desarrollar tecnologías para responder a los desafíos de la diversificación y de la escasez de agua. Los visitantes pudieron ver a la agrosilvicultura como un emprendimiento al que familias enteras contribuyen. Observaron también cisternas o depósitos de agua, más comunes en las regiones semiáridas del nordeste brasileño pero que ahora son una necesidad en el sur debido a la alarmante dimensión de la crisis del agua. ASSESOAR ha ayudado a los agricultores a construir cisternas o reservorios como alternativa a la perforación de pozos que reducen los niveles de aguas subterráneas y ponen en riesgo a las fuentes. Al almacenar el agua canalizada desde los techos o de surgentes o manantiales protegidos, las cisternas no solo son más baratas, sino también más sensatas.

El trabajo de ASSESOAR con las semillas nativas también impresionó. “Estoy encantado de visitar a Isac Miola y su banco de semillas”, explicó Edgar Campbell de la Asociación de Organizaciones del Corredor Biológico Talamanca Caribe (ACBTC) de Costa Rica. ACBTC, cuyos agricultores son afrodescendientes, alientan los principios agroecológicos para la certificación orgánica del cacao y árboles frutales nativos. “Isac nos mostró un tipo de maíz ancestral recuperado en la región, así como otras variedades de semillas. Es sorprendente lo que ellos han hecho para preservar nuestra fuente de alimentos”. El compromiso de ASSESOAR con el aumento de la producción de semillas libres de modificación genética y contaminación química es el polo opuesto al énfasis de la agroindustria en las semillas transgénicas y pesticidas aplicados en escala masiva. En este contexto, ASSESOAR y otros miembros de Ecovida desempeñan un rol vital en la preservación y la reproducción de la base genética para sistemas agroecológicos.

Los visitantes y el personal técnico también discutieron sobre comercialización, gestión de grupos productores de café y cacao, incidencia en foros políticos, certificación, educación y comunicación, el papel de los jóvenes, desarrollo de redes y tenencia de la tierra, particularmente en lo que se relaciona con afrodescendientes e indígenas. “La oportunidad de aprender de la diversidad cultural, social y ambiental de cada país a través de la gente que se ha reunido aquí nos permite crecer como seres humanos”, afirmó



Jenny Petrow

Al concluir la conferencia de Ecovida, Genaro Calán Patzán, Edgar Campbell y Juan Luna visitaron campos en Francisco Beltrão donde sus compañeros brasileños han recuperado variedades ancestrales de semillas.

Aluísio Marques del Centro de Educação Popular (CENEP), ubicado en el semiárido nordeste brasileño.

Víctor Hugo Morales, del Centro Campesino para el Desarrollo Sustentable (CAMPELINO) de México, había asistido a la conferencia de Ecovida en 2012. Su organización capacita a agricultores mexicanos en conservación y en el desarrollo de negocios con base en la comunidad. “El evento nos ayudó a organizar a productores y consumidores para responder a la Ley de Productos Orgánicos que establece las reglas y requisitos para la certificación orgánica en México”, recordó Morales. “Nosotros también aprendimos sobre la importancia del papel de cada organización en la escena política para asegurar que las voces de nuestras comunidades estén siendo escuchadas”. La conferencia Ecovida 2015, fortalecida por los intercambios, tendría un efecto multiplicador al regresar los participantes y compartir sus experiencias, y al mantener el contacto con organizaciones afines de todo el continente.

Juliana Menucci es asesora de la IAF en Brasil. Para este artículo, consultó con Formação e consolidação da Rede Ecovida de agroecologia e a sua experiência de certificação participativa de Luiz Carlos Rebelatto dos Santos así como publicaciones desarrolladas con apoyo de la IAF: Coleção Tecnologias Ecológicas, de ASSESOAR, Vols. 1-4 (Francisco Beltrão, 2014); y Coleção Saber na Prática, de CEPAGRO, Vols. 1-4. (Florianópolis, 2013).

William M. Dyal

1928-2015

***E**n su calidad de presidente fundador, William M. Dyal construyó la Fundación Interamericana desde los cimientos. Más de tres décadas y media después, la IAF sigue funcionando como él insistía en que debería hacerlo: comprometida con la justicia social, receptiva a las ideas de los pobres organizados y entregada a la convicción de que ellos, de hecho, “saben cómo”. Siendo el mayor de los tres hijos de un trabajador del ferrocarril y su esposa, Dyal nunca olvidó sus orígenes y cómo sus padres se sacrificaron para permitirle ser el primero de la familia en ir a la universidad. Él llegó a la IAF desde el Cuerpo de Paz de los Estados Unidos y luego dirigió el American Field Service y la St. John’s University. Conocido por el personal como Bill, él siempre será recordado en la IAF por su presidencia inigualable que se extendió de 1969 a 1979. A Dyal le sobreviven su esposa, Edie; sus hijas Cathy, Debby y Lisa; y nueve nietos, así como los numerosos profesionales inspirados por su ejemplo. Entre aquellos presentes en sus honras fúnebres el 7 de febrero en Fredericksburg, Virginia, se encontraba el veterano de la IAF Steve Vetter cuya elegía recordó el liderazgo y las lecciones de Dyal.*



Steve Vetter

Dyal con el donatario jamaicano Mathews Unified Youth Group.

Bondad generosa y una vida bien vivida

Por Steve Vetter

Así como estamos acongojados por el fallecimiento de Bill Dyal y la profunda pérdida que significa para todos nosotros, también celebramos su legado. Cada uno de nosotros ha crecido en forma inconmesurable gracias a él. ¿Cómo se explica el notable impacto de Bill Dyal dondequiera que andaba y trabajaba?

Conocí a Bill a mediados de la década de 1960, siendo yo entonces voluntario del Cuerpo de Paz en

Colombia y él su nuevo director en ese país. Yo estaba en un hospital de Pasto debido a una perforación del riñón y fiebre elevada, descuidado y olvidado hasta que él llegó y se sentó conmigo asegurándome que todo iba a salir bien. Pienso que ninguno de los dos nunca imaginamos que nuestra amistad se iba a extender por una mitad de siglo. Estoy profundamente endeudado con Bill. Muchas de las cosas

buenas que me han sucedido pueden ser atribuidas a él. Me siento honrado de compartir las lecciones y espero llevarlas adelante y también de la forma en que él tocó las vidas de sus muchos otros amigos. Esto es un desafío simplemente porque hay demasiado de Bill Dyal para que un solo individuo lo capture. No son muchos los hombres o mujeres en posición de liderazgo con las cualidades de un Bill Dyal.

La comunidad era el hilo conductor de la obra de Bill dondequiera que fuera: las misiones bautistas, el Cuerpo de Paz, la IAF, American Field Service International y la St. John's University. Él tenía ese inusitado talento de congregar individuos diversos con un propósito común y entonces brindar el ambiente adecuado para resolver los problemas. Recuerdo vívidamente cuando llegó para asumir como presidente de la St. John's University en Annapolis, Maryland, donde yo vivía en esa época. A través de varios vecinos que enseñaban en St. John's yo estaba enterado de que la Universidad estaba padeciendo de divisiones, conflictos y rivalidades. "Nosotros no tenemos un sentido de comunidad académica", comentó

alguien. Eso iba a cambiar con Bill Dyal. "Él produjo un impacto enorme y perdurable en la universidad durante el tiempo en que estuvo aquí", recordó Chris Nelson, quien sucedió a Bill como presidente de St. John's. "Los profesores lo amaban y admiraban; los estudiantes lo tenían en un pedestal. Él era tolerante, sensato, amistoso y, especialmente, valiente".

Bill se mantuvo notablemente discreto, a pesar de su considerable influencia sobre la política exterior de los Estados Unidos hacia el continente americano. Recuérdese que hasta la década de 1970, la asistencia exterior de EE.UU. se canalizaba a través de las relaciones entre gobiernos. No había un papel para las organizaciones no gubernamentales, y mucho menos un reconocimiento oficial en cuanto a pobres trabajando juntos para resolver los problemas que los aquejaban. Como presidente fundador de la Fundación Interamericana, Bill pudo demostrar que los pobres organizados son capaces de la autoayuda para mejorar por sí mismos sus condiciones. Una de las primeras publicaciones que Bill puso a consideración fue *Ellos Saben Cómo*, que desafió la visión

Bill Dyal y familia luego de que éste juramentara como presidente de la Fundación Interamericana, en 1971.



IAF archives



IAF archives

Dyal trabajando en la IAF con su personal en 1972.

estadista vertical descendente del desarrollo. “Bill pudo cambiar realmente la dirección del viento en lo referente a las políticas desde arriba hacia abajo del gobierno de EE.UU. y demostrar cómo el desarrollo desde abajo hacia arriba podía producir resultados”, explicó Tom Ramey, quien durante la presidencia de Bill fue vicepresidente de la IAF.

Bill se deleitaba encontrando personas a las que él consideraba diamantes en bruto y apoyando su talento y su potencial para el liderazgo. Su consejo era escuchar mejor y desarrollar la autoconsciencia y la reflexión crítica que nos permite reconocer ideas que ya no funcionan. “Yo quiero que ustedes sepan la diferencia entre oír y escuchar”, solía decir. “Desaprendan todo lo que ustedes piensan que saben. Pónganse atrás de los líderes comunitarios y no adelante. Y entonces nosotros podremos estudiar nuestros siguientes pasos”. Ese fue el gran regalo de Bill para mí, el cual aun sigue produciendo dividendos.

Yo observé a Bill pasar por algunas situaciones muy tensamente cargadas. Él simplemente no tenía miedo y siempre hablaba con la verdad al poder, y en realidad a todos. A veces yo me preguntaba si él tenía alguna alergia al temor. “No dejen que el temor sea su guía”, era una de sus citas favoritas. Él escuchaba

con impaciencia cuando alguien venía envuelto en el miedo de que todo pudiera salir mal. “Yo no quiero que te preocupes más por esto. Solo déjame a mí”, decía él, superando el miedo y haciéndonos avanzar. Esta habilidad para traspasar las barreras normales y conectar es una medicina poderosa en situaciones tóxicas, polarizadas. Y pienso a menudo que lo de Bill era, como lo comentó alguien, una “bondad generosa” y el respeto a la dignidad esencial de cada persona.

Bill tomó su principio rector de las líneas bien conocidas de un poema de Antonio Machado: “No hay camino; se hace camino al andar”. Para él, esas palabras significaban que las soluciones emergen al tratar de resolver los problemas. En enero, yo me enteré que Bill había sido internado en una unidad de cuidados paliativos. Yo viajé hasta Fredericksburg para visitarlo. Él no podía abrir los ojos ni hablar y entonces yo comencé a contarle viejas historias de la IAF y a mencionarle los nombres del personal. Ello le desató una leve sonrisa y una postura más alerta. Entonces destaqué que yo había creado un Premio Machado en su honor en Compañeros de las Américas y que lo había utilizado recientemente para homenajear a seis voluntarios. Sus ojos se abrieron plenamente; luego una sonrisa; y luego estuvo aun más alerta. En la pared frente a él estaba una placa de su personal de la IAF, con las palabras de Machado: “*Caminante, no hay camino*”. Cada vez que un nuevo explorador pionero recibe el premio Machado, yo comparto las lecciones de la vida de Bill Dyal.

Entre los numerosos libros que Bill tenía en su estante también figuraba un volumen de obras de Robert Frost, cuya “Two Tramps in Mud Time” (Dos vagabundos en tiempo de fango) captura ese sentido de esforzarse en tiempos difíciles, esperando siempre algo mejor. “Solo cuando el amor y la necesidad son una sola cosa, es que la obra se llega a hacer, en nombre del cielo y por el futuro”, concluye. Bill juntó al amor y la necesidad en forma significativa. La obra de su vida, el cuerpo de sus numerosos logros, trascenderán la prueba del tiempo. Ellos están por el cielo y el futuro”. Llevemos adelante con nosotros su espíritu y sus numerosas lecciones.

La carrera de Steve Vetter en la IAF de 1975 a 1996 abarcó cargos desde representante hasta vicepresidente de programas.

El liderazgo pionero de Bill estableció a la IAF como un organismo de asistencia exterior de EE.UU. diferente, comprometido con el apoyo a los pobres como ciudadanos protagonistas de su comunidad y de su nación. Aunque mucho ha cambiado en América Latina y el Caribe, su misión es tan importante hoy como lo ha sido siempre, y la IAF sigue comprometida con la visión de Bill. Nosotros y los más de 5.000 socios de base que la IAF ha apoyado en los últimos 45 años, nos contamos entre los herederos del legado de Bill de respeto y colaboración con algunas de las personas más pobres de la región.—Robert N. Kaplan, presidente de la Fundación Interamericana

El poema de Machado encapsula e irradia la vida de Bill. Tu paso por la vida se hace caminando. Mira atrás y verás la senda que nunca se ha de volver a pisar. Sigue, adelante. Y Bill lo hizo. Así es como yo entiendo la amplitud de cosas que hizo, la gama de gente con la que se amistó, su disposición a la aventura y a los confines. No quiso hacer creer que ello fuera simple o fácil. El poema es una maravillosa obra sobre las contradicciones que hacen al hombre completo. Bill amaba los recuerdos y era romántico, y aun así siempre tenía los pies firmemente plantados en la tierra, casi como si otra persona estuviera pragmáticamente ligada a la verdad sin retoques. Eso nunca me dejó, junto con una receptividad al cambio, una insistencia clarividente en tratar con las cosas como son, un sentido irónico del humor y una atracción incondicional hacia el talento.—Alberto Ibarguén, ex presidente de la Knight Foundation; ex jefe de redacción del Miami Herald

Bill fue un profeta de su tiempo, un gurú, un visionario, un punto de inflexión, un hombre del pueblo, a un espíritu libre. Él demostró coraje moral, integridad e imaginación avanzando el mandato de la IAF, liderando el camino sobre cómo ser responsables y receptivos en América Latina. Pienso que muchos no creían que él podría lograrlo. Pero lo hizo. La IAF avanza sólida y la cultura y el espíritu institucional que él conformó siguen presentes. Bill y yo compartimos sólo algunos de mis 36 años con la IAF pero el impacto en mis valores, aspiraciones y perspectivas fue profundo, por lo que siempre estaré agradecido.—Kevin Benito Healy, profesor adjunto de la George Washington University; ex representante de la IAF

Para mí fue un enorme privilegio trabajar bajo el liderazgo de Bill. Esos años moldearon mi postura ante el desarrollo y la vida. Fundamental en el enfoque de Bill era su comprensión de que si uno asume riesgos, algunos emprendimientos van a fracasar. Lo importante era admitirlo, reconocer lo que no funcionó y aprender de ello. Como sea que resultara, la respuesta de Bill era “No exageres”. Una de las primeras frases que recuerdo haber escuchado de Bill fue “El estilo es nuestra substancia”. Según recuerdo, el mensaje era reforzado por una política de no a los archivos vedados, no a documentos secretos.—Marion Ritchey Vance, ex representante de la IAF

Bill pudo ver en mí cosas que yo no podía ver. Él me reveló lo que sabía de mí sobre cómo yo podía crecer, extenderme, hacer más para que éste sea un mundo mejor, y luego se apartó del camino para que yo me desempeñara. En este mundo escéptico, ¿cómo puede uno decir que alguien como Bill es un gran ser humano sin crear suspicacia? ¿Cuántas de las otras grandes personas que conocemos fueron en realidad monstruos en sus propios hogares? Bill Dyal es lo auténtico.—Hal Levin, especialista en arquitectura sostenible

Bill fue la influencia más importante en la vida profesional de Doug y en la mía, y nosotros no conocimos a una mejor persona en nuestras cuatro décadas por Washington. Como lo hizo con tantos otros, él nos mostró cómo podíamos traducir nuestros valores personales en un apoyo al conocimiento, la visión y los esfuerzos en favor del cambio promovido por grupos de base de todo el mundo. En mi criterio, la hoy ampliamente aceptada creencia de que las personas deben participar en todos los niveles del proceso de toma de decisiones sociales y económicas que las afectan emana de la propia visión de Bill y de la forma en que él la puso en acción. Fuimos muy afortunados —¿verdad?— de haberlo conocido y de haber tenido la oportunidad de trabajar con él a una edad tan sensible? Esa emoción e inspiración moldearon nuestro trabajo posterior y perduran. ¿Cómo no estar eternamente agradecidos por el regalo que él nos brindó?—Steve Hellinger

Cuando uno se lanza contra atrincherados intereses que se asocian al poder político muy real, es coraje lo que al final se necesita para efectuar el cambio. Bill Dyal es uno de esos pocos visionarios valientes que también saben cómo actuar y poner en práctica programas significativos que afectan las vidas de personas reales.—Bill Moyers en *El Otro Caribe*, documental de PBS sobre la IAF

Contenido

RELATOS DE SOSTENIBILIDAD

Módulos Lecheros: una idea que sobrevivió a Sendero Luminoso

Por Martin Scurrah y Custodio Bojórquez

Los tejedores de San Isidro

Por Patrick Breslin

Desafío al rey de los arrecifes

Por Jenny Petrow, Ana Carmona, Azucena Díaz y Gabriela Boyer

UN FORO PARA BECARIOS

Poetas, payasos y burocracia: negociando una cultura de burocracia en Brasil

Por Anne Gillman

Simientes de lucha en Colombia

Por Laura Gutiérrez Escobar

EN LA IAF

Rede Ecovida y más allá

IN MEMORIAM

Bill Dyal: Bondad generosa y una vida bien vivida

Por Steve Vetter